

2 IÓN

JUAN

TONOMA DE NUÑ

DE BIBLIOTE

FEUILLET

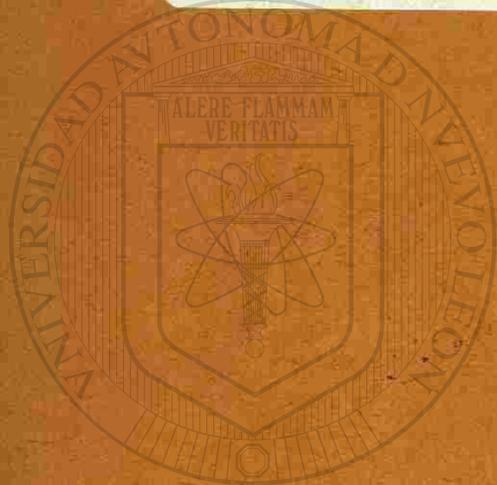
LA
CONDESSIN

PQ2242

068



1020026418



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

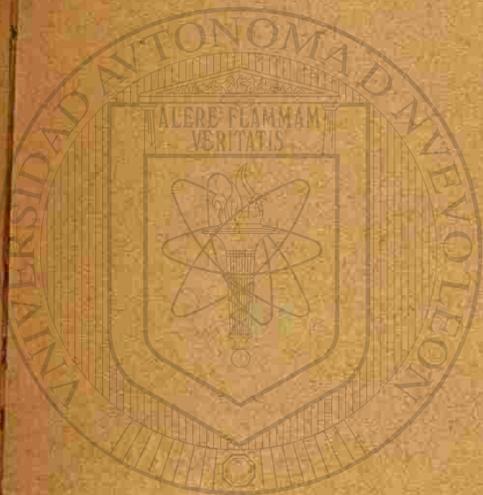


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA CONDESITA

Num. Clas. N
Núm. Auto. F426c
Núm. A. 30160
Precedencia -8-
Precio _____
Fecha 29
Clasific. 1
Catalogo _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN REGENTE

LA CONDESITA

POR

OCTAVIO FEUILLET

TRADUCCION

de

MIGUEL TOLEDANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL
ASISTENTE DE BIBLIOTECA
Año. 1925

30160

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

098879

30160

82/3
9
PQ2242
668



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONDESITA

I

Jorge L. á Pablo, en París.

Del Rosel, 15 de Septiembre.

Son las nueve de la noche, amigo mío, y tú llegas de Alemania. Te entregan mi carta, cuyo sello, matado, te anuncia que estoy ausente de París. Te permites un gusto que delata tu contrariedad, y me motejas de vagabundo. Sin embargo, te acomodas en tu mejor sillón, abres mi carta, y por ella te enteras de que hace cinco días que estoy instalado en un molino de la baja Normandía.

—¡Un molino!—exclamas,—¡qué diantre puede hacer en un molino!

Tu frente se arruga, tus cejas se aproximan: dejas mi carta un momento y pretendes penetrar este misterio por el sólo esfuerzo de tu imaginación.

Tu rostro toma, poco á poco, expresión singular; tu boca delata la ironía del hombre sensato,

atemperada por la indulgencia del amigo; crees entrever un idilio de ópera cómica, una molinera enharinada, un corpiño sujeto con cintas, una falda fina y corta; en una palabra, una de esas molineras cuyo corazón hace tic-tac con acompañamiento de oboé.

Pero no, mi molinera adorna su cabeza con amplia cofia de algodón, que se resiste tenazmente á recobrar su primitivo color, á pesar de las continuas y oscrupulosas manifestaciones de su dueña; lleva una falda de lana basta, casi del género y la resistencia de la piel del elefante.

Ahora será justo que yo te diga que más de una vez he confundido á la molinera con el molinero, y dicho esto creo innecesario añadirte que no siento la menor curiosidad por saber si su corazón hace tic-tac.

Lo cierto es que no sabieudo cómo matar el tiempo, en tu ausencia, y seguro de que no volverías antes de un mes, he solicitado una misión. La culpa es tuya.

El Consejo general del departamento de... acababa de acordar que una abadía arruinada, llamada la abadía del Rosel, fuese considerada monumento histórico, y se me ha encargado de hacer un estudio sobre el terreno, para que aprecie la validez de los títulos con que estas ruínas aspiran á tanto honor.

Sin perder minuto me trasladé á la capital de

este departamento *artístico*, donde he hecho mi entrada con la gravedad interesante de un hombre que tiene entre sus manos la vida ó la muerte de un monumento querido por todos los habitantes de la región.

En el hotel he tomado algunos informes: grande ha sido mi mortificación cuando he comprobado que nadie parecía sospechar que una abadía del Rosel existiera, ó hubiera existido, en cien leguas á la redonda.

Anonadado por este golpe inesperado, me trasladé á la prefectura. El prefecto, que es V..., á quien tú conoces, me recibió con su probada amabilidad; pero cuando yo le pregunté en qué estado se hallaban las ruinas que se pretenden conservar para avivar en el pueblo el amor á la tradición, me respondió sonriendo, que su mujer, que había visto las tales ruinas, podría dar mejores informes.

Me invitó á comer, y por la noche, la señora V..., tras los combates ordinarios del pudor y la modestia espirantes, me enseñó en su álbum algunos apuntes de las ruinas, dibujados con mucho gusto.

A medida que me fué hablando de estos venerables restos, se fué exaltando y acabó por decirme que se hallaban en un punto encantador, que convidaba á pasar en él una temporada. Una mirada suplicante y corruptora fué el final de su arenga.

De nuestra conversación deduje que aquella joven señora era la única persona del departamento que tenía verdadero interés por la vetusta abadía, y que los padres conscriptos del Consejo general habían emitido un voto de pura galantería.

Mi voto estaba también ganado: la abadía tiene unos ojos muy hermosos; merece ser respetada: te aseguro que lo será.

Mi opinión estaba ya formada; pero aún faltaba escribirla y apoyarla en algunos informes justificativos.

Por desgracia los archivos y bibliotecas locales tienen escasas tradiciones que pudieran serme útiles: al cabo de dos días de hojear concienzudamente no había recogido más que algunos é insignificantes documentos, que podían resumirse en estas dos líneas:

«La abadía del Rosel, partido del Rosel, estuvo habitado desde tiempo inmemorial por monjes, que la abandonaron cuando fué destruida.»

Ya sabes por qué me dispuse, sin otros aplazamientos, á interrogar sus secretos á estas ruinas misteriosas, multiplicando por necesidad los artificios de mi lápiz, para suplir la concesión forzada de mi pluma.

Salí el miércoles por la mañana para la aldea de..., que sólo dista tres leguas de la abadía. Un coche normando me paseó todo el día, como mo-

narca indolente, entre interminables filas de hayas normandas.

Al llegar la noche, yo había hecho doce leguas y mi cochero doce comidas.

El paisaje es hermoso, aunque agreste y uniforme. Bajo un bosque eterno se extiende una vegetación opulenta y monótona, en la que ruman, con aire satisfecho, corpulentos bueyes.

Concibo las doce comidas de mi cochero: la idea de comer se debe presentar frecuente y casi únicamente á la imaginación de todo hombre que pasa su vida entre esta feraz naturaleza, donde hasta la hierba abre el apetito.

Al anochecer cambió el aspecto del paisaje: caminamos por entre terrenos bajos, pantanosos y desnudos como estepas que se extendían á ambos lados de la carretera; el ruido de las ruedas toma sonoridad hueca y vibrante; pinchos oscuros y hierba crecida de apariencia malsana cubrían la superficie negruzca de la laguna.

Distinguí á lo lejos, á través del crepúsculo y detrás de una neblina lluviosa, dos ó tres caballeros, á todo correr de sus cabalgaduras, que atravesaban como alocados aquellos espacios sin límites. Se ocultaban por intervalos en las espesuras de la pradera y reaparecían de repente, galopando siempre con el mismo frenesí.

Yo no podía imaginar el fin que se proponían aquellos fantasmas ecuestres. Me abstuve de preguntar: el misterio es dulce y sagrado.

Al día siguiente me encaminaba á la abadía, llevando en mi cabriolé un corpulento aldeano que tenía los cabellos amarillos como ceras.

Era un criado de granja que vivía desde su infancia á dos pasos de mi monumento. Por la mañana me había oído tomar algunos informes en el patio de la posada y se había brindado espontáneamente á acompañarme á las ruinas, que eran la primera cosa que recordaba haber visto al venir al mundo.

Yo no tenía necesidad de su guía, pero, sin embargo, acepté el ofrecimiento del mozo, cuya locuacidad oficiosa parecía prometerme una conversación seguida donde esperaba sorprender alguna leyenda interesante; mas en cuanto tomó asiento á mi lado, el charlatán enmudeció. Hasta advertí que mis preguntas le inspiraban, no sé por qué, profunda desconfianza vecina de la cólera.

Me las había con el genio de las ruinas, guardador celoso de sus tesoros. En venganza le llevé hasta su casa en coche, con lo que pareció quedar satisfecho y hasta obligado á mi complacencia.

Después de dejar ante su puerta á este agradable compañero, también yo me ví obligado á apearme: una escalera de rocas que serpenteaba sobre uno de los flancos de un arenal, me condujo al fondo de un estrecho valle que se encogía y alargaba entre doble cadena de montañas y altas colinas gibosas.

Un riachuelo dormía allí, separando en dos bandas la pradera fina y esponjosa como los jardines de un parque: se atravesaba el río por un puente viejo de un solo arco, que dibuja en el agua tranquila el reflejo de su graciosa ojiva.

Por la derecha las colinas se aproximan en forma de circo y parece que se tocan sus curvas verdosas; por la izquierda se extienden y van á perderse en la masa alta y profunda de un bosque.

El valle queda cerrado por todas partes y ofrece un cuadro, cuya calma, frescura y soledad llegan al alma.

Si fuera posible encontrar la paz fuera de nosotros mismos, sería necesario venir á buscarla á este dulce asilo: ya que no la paz, da, cuando menos, la ilusión por un instante.

El paraje hubiera bastado para hacerme adivinar la existencia de una abadía, á la que sin duda precedió una ermita.

En el período de transición brutal y convulsiva que abrió trabajosamente la era moderna, ¡cuánta necesidad de reposo y recogimiento debieron sentir las almas delicadas y los espíritus contemplativos!

Yo leo en el corazón del monje, del poeta, del espiritualista desconocido á quien el azar encaminó un día á la pendiente de estas colinas, y le adivino en el momento de descubrir de improviso el tesoro que solícitas guardaban; me

figuro el júbilo estremecimiento de este fatigado soñador ante una sorpresa tan agradable; me lo figuro, y en verdad que no estoy lejos de estremecerme también. Nuestra época tiene alguna relación esencial, entre grandes diferencias, con los primeros tiempos de la Edad Media: el desorden moral, la conveniencia material, la violencia bárbara que caracterizan esta fase siniestra de nuestra historia, no parecen alejados de nosotros hoy más que por la distancia que separa la teoría de la práctica, el complot de la ejecución y al alma perversa de la mano criminal.

Las ruinas de la abadía están adosadas al bosque. La abadía, propiamente dicha, tiene poco de particular; á la entrada del patio una puerta monumental: un ala de edificio del siglo XII, donde habita la familia del molinero, de quien soy huésped; la sala del capítulo, notable por sus elegantes arcos y algunos restos de pintura usual: en fin, dos ó tres celdas, de las que una parece haber servido de lugar de corrección, á juzgar por la solidez de la puerta y de los cerrojos.

El resto ha sido demolido, pero de su importancia se puede juzgar por los fragmentos que se encuentran en las casitas vecinas. La iglesia que tiene casi las proporciones de una catedral, está muy bien conservada y produce efecto maravilloso. Sólo han desaparecido la

portada y la terminación del abside: la arquitectura interior, las bóvedas, las altas columnas están intactas, como si hubieran sido terminadas ayer. Parece como que la obra de destrucción ha sido dirigida por un artista: un golpe de pico magistral ha abierto á ambos extremos de la iglesia, por la parte del pórtico y del altar, dos grandes huecos, de suerte que, puesto en el umbral, se pierde en el bosque la mirada del visitador como á través de un elevado arco triunfal.

En este sitio, solitario y poético, me he hecho soñador.

—Buen hombre—dije al molinero, que desde que llegué observaba con disimulo todas mis acciones y espiaba todos mis pasos, con esa desconfianza feroz de todos los aldeanos,—estoy encargado de estudiar y dibujar estas ruinas. Este trabajo me ocupará algunos días: ¿no podría usted ahorrarme algunos viajes de la aldea á la abadía dándome alojamiento en su casa durante una ó dos semanas?

El molinero, normando de raza, me examinó de cabeza á pies, sin responderme, como hombre que sabe que el silencio es oro.

Me midió, me pesó, me cubicó, y por último, despegando sus labios enharinados, llamó á su mujer. Apareció la molinera en la puerta de la sala de capítulos, convertida en establo de rocas, y tuve necesidad de repetir mi demanda.

La aldeana me examinó á su vez, pero con más rapidez que su marido, y con la penetración superior de su sexo, comprendió que yo era digno de quedarme: *Dignus es intrare*.

El molinero, que advirtió el sesgo que tomaban las cosas, se quitó el sombrero y me observó con una sonrisa.

Esta buena gente, cuando ya logré romper el hielo, se apresuraron á desagraviarme con mil atenciones del mal efecto que podía haberme producido la desconfianza del recibimiento.

Se obstinaban en cederme su alcoba adornada con estampas representando escenas de las *Aventuras de Telémaco*, pero yo preferí, como en mi caso hubiera hecho Mentor, una celda de austera desnudez, cuya ventana se abre sobre el portal arruinado de la iglesia y sobre el horizonte del bosque.

A tener algunos años menos de edad, yo hubiera gozado inefablemente al verme en esta poética instalación; pero voy envejeciendo, amigo Pablo, ó, cuando menos, tengo miedo de no ser joven, por más que trato todavía de convenecer á los demás que no son otra cosa que simples juegos de luz los tonos blancuzcos que esmaltan mi barba cuando la hiere el sol del mediodía.

Sin embargo, aunque mis ensueños han cambiado de objeto, duran aún y me encantan como antes.

MI sentimiento poético se ha modificado y hasta creo que se mejora y eleva.

Ya no es la imagen de una mujer elemento indispensable de mis sueños: mi corazón, más tranquilo, se retira poco á poco del campo donde se ejercita mi pensamiento.

Ya no puedo, lo confieso, encontrar un placer que baste á satisfacerme en las puras y secas meditaciones de la inteligencia: necesito que mi imaginación hable primero y dé impulso á mi cerebro, porque he nacido novelista y novelista moriré, y lo más que se me puede pedir y lo más que puedo conceder en la edad en que debe comenzar la gravedad, es hacer novelas sin amores.

Los monumentos de otros tiempos favorecen esta disposición incurable de mi espíritu: me ayudan á resucitar las costumbres, las pasiones, las ideas de sus desaparecidos habitantes, y me animan á que les interrogué sobre los caracteres variados de cada época, llevado de mi afán de descifrar el eterno enigma de la vida.

En esta celda en que te escribo, no dejo de evocar ninguna noche negros sayales y rostros macerados.

Un monje se me aparece á veces arrodillado en este ángulo obscuro, sobre estas losas desgastadas, á veces apoyado de codos sobre esta mente de encina, cubriendo de aureolas deslumbrantes los pergaminos del misal, perpe-

tuando las obras del genio antiguo ó persiguiendo la ciencia que le lleva hasta los límites de la magia.

Otro fantasma, en pie y erguido cerca de la angosta ventana, fija su penetrante mirada en las profundidades de este bosque, que le recuerdan las cacerías caballerescas y los guías de los castellanos.

Tú dirás lo que te plazca, pero yo amo á los monjes, no á los monjes de la decadencia, los monjes holgazanes y panzudos que hicieron las delicias de nuestros padres y que no podrán hacer las mías. Amo y venero la antigua sociedad monástica, tal como me la imagino recostada entre los desdichados y los vencidos y conservando únicamente, en medio de un mundo bárbaro, el sentimiento y el gusto de las alegrías del espíritu, abriendo un refugio, el único posible en aquella época á toda inteligencia que dejaba adivinar alguna chispa de genio, aunque fuera bajo la deshonrosa túnica del esclavo.

¡Cuántos poetas, sabios, artistas é inventores anónimos han debido bendecir, durante diez siglos, estos asilos respetados que les libraba de las miserias vergonzosas y de la vida bestial de la plebe!

La abadía invitaba con su recogimiento á estos pobres pensadores y favorecía eficazmente el desarrollo de sus facultades: les asegura-

ba el pan cotidiano y el dulce bienestar del aislamiento. Aunque el círculo en que vivían fuera pequeño, trabajaban satisfechos porque se les permitía ejercer libremente las facultades que de Dios habían recibido: eran felices, aunque tuvieran la certeza de que morirían ignorados.

No negaré que poco á poco se ha ido apartando el claustro de sus nobles y severas tradiciones; que ha degenerado de caída en caída hasta llegar á los hermanos Fredons y hasta el director espiritual de Panurgo: ha sufrido los mismos cambios que todas las demás instituciones que sobreviven después de haber dado fin á la obra que debían cumplir al ser creadas.

Sin pararnos á discutir si el espíritu moderno ha dibujado de las antiguas abadías más caricaturas que retratos y hasta leyendo á Rabelais con el respeto que se merece, habrá que reconocer para ser justo, que durante la tenebrosa y larga noche que se llamó la edad media, el último rayo de la pura vida intelectual, brilló en la frente pálida del monje.

Hasta ahora el aburrimiento no ha venido á entristecer mi soledad. ¿Tendré que añadirte que experimento alegría singular?

Me parece que estoy á mil leguas de las despreciables cosas terrenales y que he hecho un descanso en la miserable rutina de mi existen-

cia tumultuosa é insignificante; al mismo tiempo saboreo mi completa independencia con la glotonería ingenua é inefable de un Robinson de doce años.

Dibujo cuando me place y el resto del tiempo lo dedico á pasear á la ventura, poniendo especial cuidado en no franquear los límites del valle sagrado. Me siento sobre el parapeto del puente, desde donde veo correr el agua y contemplo las ruínas. Otras veces me hundo en los subterráneos de la abadía y trepo por sitios de donde no puedo bajar y donde por fuerza he de permanecer haciendo una figura ridícula, hasta que llega el molinero en mi auxilio con una escala.

Por la noche gusto de perderme en el bosque, donde á los rayos de la luna veo pasar los machos cabrios.

¿Qué quieres, amigo mío! todo esto me mece agradablemente y me produce la impresión de un sueño de niño.

Tu carta fechada en Colonia y que ayer he recibido, ha sido la única cosa que ha venido á turbar mi tranquila, casi diría beática vida. Me cuesta trabajo consolarme de haber abandonado á Paris la víspera de tu regreso. ¡El cielo confunda tus caprichos y tu indecisión!

Lo único que está en mi mano hacer, es activar el trabajo; pero, ¿dónde encontraré los documentos históricos que me faltan? Me he pro-

puesto formalmente salvar estas ruínas. Sería un acto de barbarie imperdonable dejar perecer tesoro de tanto precio.

Además, ya te he dicho que amo á los monjes, y quiero rendir á su recuerdo este homenaje de simpatía. Si, si yo hubiera vivido hace mil años, estoy seguro de que hubiera buscado entre ellos el reposo del claustro en espera de la paz del cielo.

¿Qué existencia más apropiada á mi carácter? Libre de los enojos de este mundo y con la esperanza de tener ganado el otro, sin tormentos para el cuerpo ni vacilaciones del alma, hubiera escrito, seguramente, dulces leyendas, y celoso de mi trabajo hubiese comenzado por descifrar manuscritos curiosos y desconocidos y hubiera descubierto, llorando de gozo, las bellezas de la *Iliada* ó de la *Eneida*, hubiera ideado modelos de catedrales, hornos de alambiques, y ¿quién sabe si hubiera sido mi sino descubrir la pólvora, y si este invento hubiera sido mi mejor obra?

Hago punto porque son las doce de la noche: hermano, hay que dormir.

Post-Scriptum. ¡Hay espectros! Cerraba esta carta en medio de un silencio solemne, cuando de pronto han llegado hasta mis oídos ruidos misteriosos y confusos que parecían venir de fuera. Me he asomado, con cierto temor á la ventana de mi celda, y no sé como darte exacta

explicación del efecto que me ha producido ver las ruinas de la iglesia alumbradas por una luz cegadora; el vasto atrio y las esbeltas ojivas arrojan haces de luz hasta los bosques lejanos. No era, no podía ser un incendio. Además, por entre los muros de piedra entreveía sombras sobrehumanas que atravesaban la nave, como ejecutando acompasadamente una extraña ceremonia.

He abierto bruscamente la ventana; al mismo tiempo salieron de todos los rincones de la ruina estridentes sonidos que hacían resonar todos los ecos del valle. Luego vi salir de la iglesia doble fila de caballeros armados, llevando antorchas encendidas y haciendo sonar bocinas relucientes; unos vestían trajes rojos, y otros hábitos negros y todos llevaban largos penachos en la cabeza.

Esta extraña procesión siguió, siempre en el mismo orden, con la misma iluminación y la misma música, el camino sombrío que bordea la pradera.

Al llegar al puentecito se detuvieron las sombras; entonces vi que levantaban las antorchas y agitaban los brazos; las bocinas ejecutaron una cadencia prolongada y salvaje.

De pronto se apagaron todas las luces, y cesaron todos los ruidos, quedando nuevamente el valle silencioso y obscuro.

Esto es lo que yo he visto y oído.

Tú, que llegas de Alemania, ¿has encontrado al cazador Negro?

¿No?

Pues escucha.

II

16 de Septiembre.

El viejo bosque de la abadía pertenece á un rico propietario del país, el marqués de Malouet descendiente de Nerond. Su castillo areca ser el centro social de la comarca.

En esta época hay cacería casi cotidiana en el bosque: ayer la fiesta terminó con una comida sobre la hierba, á la que siguió la vuelta procesional con antorchas encendidas.

De buena gana hubiera estrangulado al molinero, que ha venido á matar mi ensueño de ayer con esta explicación vulgar de mi balada de media noche.

Ya sabes quiénes eran los que turbaron mi adorada soledad. Hoy los maldigo, Pablo, con toda la amargura de mi corazón. Te confieso que anoche los temé por una aparición fantástica que me encantó; pero ahora lo veo todo como una aventura ridícula, que no puede verme á risa porque yo he sido el burlado.

Esta mañana no me hallaba en disposición de trabajar; sin embargo, he dibujado hasta el

explicación del efecto que me ha producido ver las ruinas de la iglesia alumbradas por una luz cegadora; el vasto atrio y las esbeltas ojivas arrojan haces de luz hasta los bosques lejanos. No era, no podía ser un incendio. Además, por entre los muros de piedra entreveía sombras sobrehumanas que atravesaban la nave, como ejecutando acompasadamente una extraña ceremonia.

He abierto bruscamente la ventana; al mismo tiempo salieron de todos los rincones de la ruina estridentes sonidos que hacían resonar todos los ecos del valle. Luego vi salir de la iglesia doble fila de caballeros armados, llevando antorchas encendidas y haciendo sonar bocinas relucientes; unos vestían trajes rojos, y otros hábitos negros y todos llevaban largos penachos en la cabeza.

Esta extraña procesión siguió, siempre en el mismo orden, con la misma iluminación y la misma música, el camino sombrío que bordea la pradera.

Al llegar al puentecito se detuvieron las sombras; entonces vi que levantaban las antorchas y agitaban los brazos; las bocinas ejecutaron una cadencia prolongada y salvaje.

De pronto se apagaron todas las luces, y cesaron todos los ruidos, quedando nuevamente el valle silencioso y obscuro.

Esto es lo que yo he visto y oído.

Tú, que llegas de Alemania, ¿has encontrado al cazador Negro?

¿No?

Pues escucha.

II

16 de Septiembre.

El viejo bosque de la abadía pertenece á un rico propietario del país, el marqués de Malouet descendiente de Nerond. Su castillo areca ser el centro social de la comarca.

En esta época hay cacería casi cotidiana en el bosque: ayer la fiesta terminó con una comida sobre la hierba, á la que siguió la vuelta procesional con antorchas encendidas.

De buena gana hubiera estrangulado al molinero, que ha venido á matar mi ensueño de ayer con esta explicación vulgar de mi balada de media noche.

Ya sabes quiénes eran los que turbaron mi adorada soledad. Hoy los maldigo, Pablo, con toda la amargura de mi corazón. Te confieso que anoche los temé por una aparición fantástica que me encantó; pero ahora lo veo todo como una aventura ridícula, que no puede verme á risa porque yo he sido el burlado.

Esta mañana no me hallaba en disposición de trabajar; sin embargo, he dibujado hasta el

medio día, hora en que me he visto obligado á suspender la tarea: tenía la cabeza pesada, como si hubiese en la atmósfera algo fatal que sobre mí gravitara.

Entré un momento en el molino para dejar el caballete: reprendí á la molinera con el pretexto de que me había servido para desayuno una sopa de leche terriblemente indigesta; amenacé á los dos chiquillos de esta buena mujer porque tocaban mis lápices, y por fin descargué mi endiablado mal humor, dando al perro de la casa un puntapié, y acompañándole de esta célebre frase: «¡Piensa lo que te haría si me hubieras hecho algo!»

Poco satisfecho de mí mismo, como puedes inferir por lo que te voy contando, salí del molino y me fui hacia el bosque, para ver si en pleno aire me tranquilizaba.

Cerca de una hora me estuve paseando, sin acertar á desvanecer la profética melancolía que me torturaba.

Distinguí, por fin, al borde de uno de los caminos que atraviesan el bosque, un espeso lecho de musgo, y en él me acosté con mis remordimientos y no tardé en quedarme profundamente dormido.

No sé cuanto tiempo llevaría durmiendo cuando me despertó una especie de temblor de tierra. Me levanté bruscamente y vi, á cuatro pasos de mí, una mujer joven á caballo. El ani-

mal se espantó algún tanto y retrocedió un paso por mi brusca aparición.

La joven, que aún no me había visto, le tranquilizó hablándole.

La amazona me pareció hermosa, esbelta y elegante. Más adiviné que vi una cabellera rubia, cejas de tono más obscuro, mirada penetrante y un sombrero de fieltro adornado con una especie de penacho azul caldo graciosamente sobre la oreja derecha.

Para que te expliques bien lo que te voy á contar, es preciso que te diga que yo iba cubierto, desde el cuello hasta los pies, por una blusa de *tourista* manchada de ocre; además debía de tener la mirada vacilante y el aspecto asustadizo del que se despierta sobresaltado: una fisonomía cómica y alarmante al mismo tiempo. Une á todo esto una cabellera en desorden, una barba sembrada de hojas secas, y no tendrás que hacer un gran esfuerzo para explicarte el terror que acomotó súbitamente á la joven cazadora así que echó la primera mirada sobre mí.

Dió un débil grito, tiró violentamente de la brida y se puso á salvo á todo correr de su caballo.

No me era posible dudar de la impresión que mi presencia había causado á la joven: no tenía, en verdad, nada de halagüeña.

Por fortuna tengo treinta y cinco años y no

es suficiente. á Dios gracias, que se me presente ante los ojos una mujer para que se turbe la serenidad de mi alma. Seguí con la mirada y sonriente á la amazona fugitiva, y vi que al final del camino en que yo la había visto y atemorizada, torcía bruscamente hacia la izquierda, siguiendo á galope por otro camino paralelo.

Luego vi que se incorporaba á una cabalgata compuesta de diez ó doce personas que parecían esperarla, y á las cuales gritó desde lejos con entrecortada voz:

—¡Caballeros! ¡caballeros! ¡un salvaje! ¡Hay un salvaje en el bosque!

Interesado por aquel comienzo de aventura, me instalé cómodamente tras un espeso matorral, con el ojo y el oído igualmente apercebidos.

Todos rodearon á la joven; al principio creyeron que se trataba de una broma, pero no tardaron en darse cuenta de su emoción, demasiado grande para que fuera infundada.

Lo cierto es que ha visto, no precisamente un salvaje, pero sí un hombre de extraño aspecto, cuya blusa parecía teñida de sangre, cuyo rostro y manos, en una palabra, toda su persona estaba cubierta de suciedad repugnante, la barba despeñada y los ojos desencajados. Un individuo, á cuyo lado el más sanguinario é imponente bandido de Salvador parecería un pacífico é inofensivo pastor de Watteau.

No es posible que se me presente otra ocasión más molesta para mi amor propio.

La encantadora fugitiva afirmaba al relatar lo ocurrido que yo la había amenazado, al propio tiempo que me lanzaba furioso sobre la cabeza de su caballo.

A este relato conmovedor respondió un grito general y entusiasta:

«¡Cacémosle! ¡cerquémosle! ¡al salvaje, al salvaje!»

Y la numerosa comitiva puso sus caballos al galope siguiendo á la bella amazona que marchaba, á la cabeza.

Yo hubiera tenido bastante con permanecer tranquilo donde me hallaba para despistar á los cazadores, que iban á buscarme en el paseo donde me había encontrado la amazona.

Desgraciadamente yo creí entonces más acertado ganar el montecillo que tenía ante mí. Cuando saltaba con precaución la maleza, llegó á mis oídos un grito de alegría salvaje, y al mismo tiempo vi al escuadrón cambiar de dirección para caer sobre mí como un torrente.

Sólo podía tomar un partido razonable: detenerme y simular extrañeza para desconcertar á mis perseguidores con mi actitud digna y sencilla á la vez; pero vencido por una vergüenza ridícula que es más fácil comprender que explicar, convencido además de que un esfuerzo bastaría para escapar de aquella in-

oportuna persecución y para librarne de dar enojosas explicaciones, cometí la falta, que deploré después, de aligerar el paso, ó mejor, para ser franco, de echar á correr con todas mis fuerzas.

Atravesé el camino como una liebre y trepé por el monte azulado por alegre griterío.

Desde aquel momento estaba echada la suerte; toda explicación honrosa era imposible. Ya había aceptado ostensiblemente la lucha con todas sus consecuencias.

Todavía conservaba parte de mi sangre fría, y aunque comprendía cuál era mi situación, me alentaba con reflexiones tranquilizadoras.

Una vez separado de mis cazadores por una espesa maleza que los caballos no intentarían atravesar, pensaba en tomarles gran delantera para llegar al molino sin ser reconocido.

Esta última ilusión se desvaneció cuando llegué al límite del convento y vi á mis perseguidores divididos en dos bandos, que habían maniobrado con destreza para cortarme la retirada por todas partes.

Cuando los cazadores me vieron, comenzaron á gritar y reír de nuevo aumentando la estruendosa algarabía con el penetrante ruido de sus trompetas de caza. Me cegó la ira y estuve á punto de perder el conocimiento: el bosque giraba á mi alrededor vertiginosamente, la tierra parecía hundirse bajo mis pies.

Seguí el primer camino que se presentó á mis ojos y mi huida tomó caracteres de derrota desesperante.

El escuadrón implacable de cazadores y cazadoras siguió mis huellas con ensañamiento cruel y estúpida alegría.

Yo seguía viendo galopando á la cabeza á la joven del penacho azul, que se distinguía de sus compañeros por el tesón y la furia con que fustigaba á su caballo.

Ella era la que estimulaba á sus odiosos cómplices, y en una ocasión en que estuve á punto de hacerles perder mi pista, ella me descubrió, y con infernal clarividencia me señalaba con el extremo de su fusta al mismo tiempo que reía como una loca viéndome seguir mi carrera, sofocado, jadeante, medio muerto.

Corrí sin detenerme durante un tiempo que no me es posible apreciar, realizando verdaderas maravillas gimnásticas, saltando barrancos, trepando cuestras, corriendo como un lebré, sin motivo, sin objeto y sin otra esperanza que de un momento á otro oyera la tierra mis fervorosas súplicas y se abriera para tragarme.

Por fin, y protegido por el azar, porque ya había perdido todas las nociones topográficas, me encontré cerca de las ruinas, y haciendo un supremo esfuerzo franqueé el espacio que las separa del bosque, atravesé la iglesia como un

excomulgado y llegué á la puerta del molinó.

El molinero y su mujer estaban en el umbral observando los movimientos de mis perseguidores.

El matrimonio me miró con estupor; yo busqué inútilmente algunas palabras para explicar lo ocurrido, y, después de increíbles esfuerzos de inteligencia, no acerté á murmurar más que estas palabras:

—Si os preguntan, respondedles que no estoy.

Luego salvé de un salto las escaleras que me separaban de mi celda y caí sobre mi lecho completamente desvanecido. Entretanto los cazadores entraban tumultuosamente en el patio de la abadía; yo oía los relinchos de los caballos, las voces de los jinetes y hasta el ruido que al andar hacían sobre las losas los que se habían apeado para perseguirme en las ruinas.

Loco de rabia me levanté y miré con cariño á mis pistolas.

Por fortuna, después de algunos minutos de conversación con el molinero, los cazadores se retiraron, no sin darme á entender por sus palabras que habían modificado su primera opinión sobre mi moralidad y que se llevaban una idea favorable de la originalidad de mi carácter.

Tal es, amigo mío, la historia fiel de esta aventura desgraciada que seguramente me va

á conculstar en el país una fama poco envidiable.

Ahora tengo la satisfacción de saber que estoy cerca de un castillo donde se aloja una sociedad brillante de caballeros y de mujeres hermosas. Pero tengo el sentimiento de creer que mi conducta de hoy me ha alejado de estos vecinos, pues á mis propios ojos he perdido parte no pequeña de mi dignidad.

Ante una situación tan gravemente comprometida he creído necesario deliberar: después de corta meditación he desechado por pueril y pusilánime la solución que me sugería mi amor propio, de abandonar el país.

He acordado, por el contrario, perseverar filosóficamente en mis trabajos, presentándome con alma muy superior á las circunstancias, para dar á las amazonas, á los cazadores y á los mismos molineros el hermoso ejemplo del hombre prudente que sabe hacer frente á la adversidad.

III

20 Septiembre.

He recibido tu carta. Eres de la verdadera raza de los amigos del Monomotapa. Pero, ¡qué chiquillada! ¿De verdad, la causa de tu rápido regreso ha sido lo que me dices? Una nonada,

una endiablada pesadilla que te ha durado dos noches seguidas y durante la cual has oído claramente mi voz pidiéndote socorro. ¡Ah! ¡frutos amargos de tu detestable cocina alemana! Decididamente eres cándido, caro amigo. Sin embargo, me dices en tu carta tales cosas que me he enternecido leyéndola hasta verter llanto.

No acierto á responderte como quisiera; tengo el corazón tierno y el verbo duro. Nunca he podido decir á nadie: «Te amo».

Hay en mí un demonio celoso que altera en mis labios todas las palabras afectuosas para darlas cierto carácter irónico. Pero por fortuna tú me conoces.

¿Te haré reír contestando á las palabras con que tú me has hecho llorar? Si es así, tanto mejor.

Pues bien, sí, mi aventura del bosque ha tenido consecuencias. Todas las desgracias de que tú me creías amenazado han llegado ya: tranquilízate.

El día siguiente al de la nefasta aventura, me esforzaba para reconquistar la estimación de los molineros, refiriéndoles los más interesantes detalles de mi tragicómica carrera.

Los dos me escuchaban asombrados; la molinera especialmente abría una boca tamaña y se retorcía grotescamente para reírse.

El molinero me preguntó si yo era cazador, y tomó de un clavo que cerca de la chimenea es-

taba un largo tubo que me puso en las manos encareciéndome con entusiasmo las cualidades matadoras de aquel extraño instrumento.

Yo escuchaba sus explicaciones con apariencias de viva satisfacción, pues nunca he gustado descorazonar á las personas que quieren serme agradables, y armado con el instrumento aquel salí del molino.

Me senté cerca de un matorral, dejando la escopeta venerable cerca de mí, y me entretuve apedreando á los gazapillos imprudentes que venían á corretear cerca de una máquina de guerra, que bajo la fe del molinero, yo tenía por formidable. Gracias á mi firmísimo propósito de no ensayar por cuenta propia la escopeta, no hubo que lamentar la muerte de un conejo ni la mía.

A decir verdad, no pensaba esperar la hora en que los cazadores del castillo acostumbraban á echarse al campo. Un resto de vanagloria me impedía presentarme aquel día á mis perseguidores de la vispera.

Iban á dar las dos de la tarde cuando abandoné mi florido asiento, seguro de que no tendría ningún encuentro inoportuno en el corto espacio que me separaba del molino.

Entregué la escopeta al molinero, que pareció admirarse al verme volver con las manos vacías, en vez de admirarse de verme volver con vida.

Fui á sentarme ante la puerta, dispuesto á acabar una vista general de las ruinas, acuarela magnífica que debe bastar para decidir la suerte de la abadía.

Estaba entregado por entero á mi trabajo, cuando me pareció oír á muy corta distancia el ruido de caballería, que desde la malhadada aventura resonaba sin cesar en mis oídos.

Volvi la cabeza rápidamente y vi al enemigo á unos doscientos pasos de distancia.

Aquel día vestían amazonas y caballeros trajes de ciudad, é iban sin armas, lo que me hizo inferir que salían solamente á dar un paseo.

El número de jinetes era mucho mayor que el de la vispera.

Aunque dispuse de tiempo para apercibirme al encuentro, no pude evitar cierto mal-estar, al que acompañaba muda protesta contra lo que yo calificaba de torturante indiscreción.

Sin embargo, no tuve ni un sólo momento la idea de batirme en retirada; había perdido para mientras viva la afición á las fugas.

A medida que la cabalgata se aproximaba, oía risas torpemente sofocadas y cuchicheos, cuyo secreto no dejé de adivinar.

Debo confesarte que en mi corazón comenzó á fermentar la cólera, y aunque continué mi trabajo con aparente indiferencia, mis sentidos sólo estaban atentos para sorprender los gestos y las palabras de los que se aproximaban.

No tardé en sospechar que los paseantes tenían el manifiesto propósito de hacer mayor mi infortunio: en lugar de seguir el sendero que era el camino más corto para llegar á las ruinas, se apartaron algunos pasos hacia la derecha y pasaron en silencio.

Sólo uno de los jinetes se separó del grupo principal y gobernó á su caballo de suerte que quedó parado á unos diez pasos de mi taller.

Aunque yo tenía los ojos clavados en mi dibujo, sentí, por esa extraña intuición que todos conocemos, una mirada humana que se fijaba en mí.

Levanté los ojos con indiferencia preconcebida para volverlos inmediatamente de nuevo hacia mi obra.

Aquel rápido movimiento me había bastado para reconocer en el observador indiscreto á la joven del penacho azul, causa primera de mi desgracia.

Estaba allí, con los ojos semicerrados, examinándome de cabeza á pies con insolencia admisible.

Yo me creí obligado, por deferencia á su sexo, á abandonarme á su curiosidad impertinente, mas al cabo de algunos segundos perdí la paciencia y levantando la cabeza resueltamente clavé mi mirada en la suya sin descortesía, pero con insistencia.

La joven enrojeció, y aquel rubor fué sufi-

ciente para que yo depusiera mi actitud y la saludara.

Ella me respondió con una ligera inclinación de cabeza y se alejó galopando en su caballo.

Consideré que me quedaba dueño del campo de batalla y saboreé con placer el triunfo que acababa de obtener sobre aquella linda muchacha.

El paseo por el bosque duró unos veinte minutos; pero en el momento en que la cabalgata se alejaba, se destacó del grupo un caballero y avanzó hacia mí.

Era un hombre corpulento que vestía un traje azul, abotonado militarmente hasta la garganta.

Venia tan recto hacia mi taller que no vacilé en dar por cierto que su único propósito era pasar por encima de mi caballete para hacer reír á las Amazonas. Yo le vigilaba apercibido para tomar oportuna venganza de la burla.

Puedes figurarte la extrañeza que me causaría verle frenar el caballo á dos pasos de mi asiento y descubrirse cortesmente:

—Caballero—me dijo con aire resuelto,—¿me permite usted que vea el dibujo?

Le devolví el saludo, inclinándome en señal de que concedía la autorización pedida, y continué mi trabajo.

Después de un momento de silenciosa contemplación, el desconocido pronunció algunas

frases de elogio. Luego inició resueltamente la conversación:

—Caballero—añadió,—permítame que le felicite por su talento, al que deberemos seguramente la conservación de las ruinas que son orgullo de nuestra comarca.

Yo abandoné mi reserva, que ya sólo podía ser un ridículo tesón infantil, y respondí dando gracias á mi desconocido admirador, que apreciaba con marcada indulgencia un apunte de aficionado.

Añadí que tenía verdadero y justificado empeño en salvar aquellas hermosas ruinas, pero que la parte más seria de mi trabajo llevaba trazas de resultar insignificante por falta de datos históricos que inútilmente había buscado en los archivos de la capital.

—¡Estamos salvados! En mi biblioteca tengo gran número de documentos relacionados con la abadía. Venga usted á consultarlos cuando guste. Le quedará reconocido si mi ofrecimiento es útil y lo acepta.

Dí las gracias con embarazo. Lamentaba no haberlo sabido antes y temía que se me ordenara volver á París por una carta que esperaba aquel mismo día.

Desde que entablamos el diálogo me había puesto en pie y procuraba atenuar la mala impresión que mi manchada blusa pudiera causar, con la corrección de mi actitud. Al mismo tiempo

po examinaba minuciosamente á mi interlocutor.

Era un anciano de amplio pecho, que parecía llevar sin gran esfuerzo unos sesenta inviernos. Sus ojos azules y expresivos denunciaban grandeza de alma y bondad de carácter.

—¡Vamos, vamos!—dijo,—hablemos con franqueza. Tiene usted reparo en mezclarse con esa banda de gente alegre á quien yo no pude impedir ayer hacer una tontería, por la que quiero pediros perdón. Soy el marqués de Malouet. Además los honores de la lucha fueron para usted. Tenian empeño en verle de cerca y usted no quiso que se le viera. Después de mucho correr se salió usted con la suya. No puede estar quejoso.

No pude por menos que reír, oyendo una interpretación tan favorable de mi ridícula fuga.

—Se ríe usted—dijo el marqués:—¡bravo! eso indica que nos va á ser fácil entendernos. Aclarado este punto, no podrá alegar ninguna razón para excusarse de ir á pasar algunos días en mi castillo. Mi mujer me ha encargado que le invite; ella ha comprendido antes que nadie su justificado enojo contra nosotros. Mi mujer es buena como un ángel; no es joven y está muy enferma, pero, como he dicho, es un ángel... os daré alojamiento en mi biblioteca, donde nadie irá á molestaros si eso es de vuestro agrado. Bien comprendo que mis amigos os

causen miedo: es usted un hombre serio y conozco bien ese carácter... No os faltará con quien hablar. Mi mujer es una conversadora amena y yo me tengo también por un hombre con quien se puede tratar... Amo el ejercicio, que es necesario á mi salud; pero de eso no se ha de inferir que soy un torpe: ¡diablo! Debéis de ser aficionado al whist y lo jugaremos juntos; os debe de gustar también la buena vida que corresponde á un hombre de gusto y de clara inteligencia... Creo que hallaréis en mí un excelente compañero; tengo dos cocineros dignos de loa... Y ¿para qué charlar más?—agregó riéndose de su verbosidad;—ya he dicho lo suficiente para tener derecho á exigirle á que venga al castillo.

Dichoso, Pablo, el hombre que sabe decir: «No». Sólo ese es verdadero amo del tiempo, de su fortuna y de su honor.

Es necesario saber decir: «No» á un pobre, á una mujer, hasta á un viejo amable, so pena de tirar á la ventura la limosna, la dignidad y la independencia.

¡Cuántas miserias y cuantos crímenes hay que lamentar desde Adán hasta nosotros por no haber sabido pronunciar oportunamente un no!

En esto pensaba yo cuando el marqués me invitaba, y después de reconocer la sabiduría de estas razones, cuando me tocó responder, dije: «Sí.»

Si fatal que me hacia perder mi paraiso, cambiando un retiro á mi gusto, tranquilo, laborioso, novelesco y libre, en un alojamiento donde la vida mundana me iba á atormentar con su insipidez y su tiranía.

Pedi el tiempo preciso para arreglarlo todo, mi equipaje y mi persona, y el marqués de Malouet se alejó después de darme un caluroso apretón de manos al propio tiempo que me anunciaba que seríamos buenos amigos y que iba á preparar á sus dos cocineros para que me hicieran un recibimiento triunfal.

—Voy á anunciar—me dijo,—á un artista, un poeta; eso les obligará á esmerarse.

Minutos antes de las cinco, llegaron dos criados del castillo para trasladar mi liviano bagaje y advertirme que me esperaba un carruaje en las colinas.

Me despedí de mi celda; di las gracias á los molineros y besé á sus chiquillos babosos y mal peinados. Todos daban claras señales del disgusto con que me vetan partir; también yo me alejaba entristecido.

No sé qué extraño sentimiento me ligaba á aquel valle que dejaba con el corazón oprimido, como se deja la patria.

Hasta mañana, Pablo, porque hoy no puedo más.

IV

26 Septiembre.

El castillo de Malouet es un edificio sólido y vulgar, construido hace cien años.

Amplias y bien cuidadas alamedas, un patio de honor y un parque secular, le dan verdadera apariencia de mansión señorial.

El marqués salió á recibirme, y asiéndome familiarmente del brazo me hizo atravesar varios largos corredores para introducirme en un vasto salón donde reinaba obscuridad casi completa.

Sólo pude entrever vagamente una veintena de personas de uno y otro sexo, repartidas en pequeños grupos.

Gracias á esta bienhechora tiniebla, mi presentación no fué solemne ni molesta como yo me la había figurado.

No tuve tiempo más que para recibir los cumplimientos que la señora de Malouet me dirigió con voz débil, pero penetrante y simpática.

Me asió amablemente del brazo para acompañarme al comedor, demostrándome en sus palabras y en sus ademanes, que los señores del castillo estaban dispuestos á no escasear las consideraciones debidas á un corredor tan excepcional como yo había probado ser.

Si fatal que me hacia perder mi paraiso, cambiando un retiro á mi gusto, tranquilo, laborioso, novelesco y libre, en un alojamiento donde la vida mundana me iba á atormentar con su insipidez y su tiranía.

Pedi el tiempo preciso para arreglarlo todo, mi equipaje y mi persona, y el marqués de Malouet se alejó después de darme un caluroso apretón de manos al propio tiempo que me anunciaba que seríamos buenos amigos y que iba á preparar á sus dos cocineros para que me hicieran un recibimiento triunfal.

—Voy á anunciar—me dijo,—á un artista, un poeta; eso les obligará á esmerarse.

Minutos antes de las cinco, llegaron dos criados del castillo para trasladar mi liviano bagaje y advertirme que me esperaba un carruaje en las colinas.

Me despedí de mi celda; di las gracias á los molineros y besé á sus chiquillos babosos y mal peinados. Todos daban claras señales del disgusto con que me vetan partir; también yo me alejaba entristecido.

No sé qué extraño sentimiento me ligaba á aquel valle que dejaba con el corazón oprimido, como se deja la patria.

Hasta mañana, Pablo, porque hoy no puedo más.

IV

26 Septiembre.

El castillo de Malouet es un edificio sólido y vulgar, construido hace cien años.

Amplias y bien cuidadas alamedas, un patio de honor y un parque secular, le dan verdadera apariencia de mansión señorial.

El marqués salió á recibirme, y asiéndome familiarmente del brazo me hizo atravesar varios largos corredores para introducirme en un vasto salón donde reinaba obscuridad casi completa.

Sólo pude entrever vagamente una veintena de personas de uno y otro sexo, repartidas en pequeños grupos.

Gracias á esta bienhechora tiniebla, mi presentación no fué solemne ni molesta como yo me la había figurado.

No tuve tiempo más que para recibir los cumplimientos que la señora de Malouet me dirigió con voz débil, pero penetrante y simpática.

Me asió amablemente del brazo para acompañarme al comedor, demostrándome en sus palabras y en sus ademanes, que los señores del castillo estaban dispuestos á no escasear las consideraciones debidas á un corredor tan excepcional como yo había probado ser.

Una vez en la mesa y á plena luz, no tardé en advertir que era el punto de mira de la atención general; pero soportaba valerosamente el fuego graneado de las miradas irónicas y curiosas, parapetado en parte tras una montaña de flores que adornaba la mesa y ayudado eficazmente en mi posición defensiva por la exquisita cortesía de la dueña de la casa.

La señora de Malouet es una de esas ancianas á quienes una gran pureza de alma y una singular fuerza de ingenio, han protegido contra la desesperación al llegar la hora fatal para las mujeres, de los cuarenta años, y que han salvado del naufragio de su juventud un encanto soberano: el de la gracia.

Escasa de talla, débil y de rostro pálido y macerado por un sufrimiento constante, justificaba exactamente la frase de su marido: «Es un soplo.» Si, un soplo que está preñado de bondad é inteligencia.

No se advierte en ella ninguna huella de presunción malsana: cuida de su persona sin acercarse al terreno peligroso de la coquetería, y aunque parece haber perdido por entero el recuerdo de la juventud, se adivina en ella una especie de pudor de anciana y un deseo, no de agradar, sino de ser perdonada. Tal es esta marquesa, á quien yo adoro.

Ha viajado mucho, lee constantemente y conoce bien su París.

Entablamos animosos una de esas conversaciones en las que dos almas que se encuentran por vez primera ansian comprenderse, tocando todos los puntos para advertir con alegría que existe entre ellos varios puntos de contacto.

M. de Malouet aprovechó un momento en que el criado quitó una enorme fuente que nos separaba, para asegurarse del estado de mis relaciones con su esposa.

Pareció quedar satisfecho de nuestra buena inteligencia evidente, y levantando su voz sonora y cordial:

—Caballero—me dijo,—os he hablado de mis dos cocineros rivales y ha llegado el momento de que probéis que sóis merecedor de la reputación que yo os he concedido sin previo exámen. ¡Ay! voy á perder al más antiguo y, sin disputa, al más sabio de estos dos maestros, el ilustre Juan Rostain. Hace dos años que al llegar de París me dijo estas palabras: «Un hombre de gusto, señor marqués, no puede vivir en París, dende se cultiva en la actualidad una cocina... romántica que causará mucho daño.»

Rostain es un clásico impenitente. Habéis probado dos platos en los que la crema forma la base esencial y quisiera saber, si como yo, opináis que la obra de Rostain es superior á todo encomio. Espero que decidáis la lucha sorda, pero insaciable de mis dos cocineros, dando im-

30160

UNIVERSIDAD DE TORO LEON
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
FACULTAD DE CIENCIAS
CALLE DE SAN VICENTE
16. 1628 MONTELEON, LEON

parcialmente al César lo que es del César... Veamos.

Miré á los dos platos que, según el marqués, debían servir de materia de exámen y prueba y no vacilé en clasificar de clásico uno que estaba coronado por un templo del amor, con una imagen de Dios en pasta polieromada.

—¡Muy bien!—dijo con entusiasmo el marqués.—¡Bravo! Cuando lo sepa Rostain recibirá gran alegría. ¡No os podéis figurar cuánto siento, ahora que vuestro talento culinario está probado, no haberos recibido en mi castillo algunos días antes. Seguramente hubiera logrado entonces, impedir la marcha de Rostain, porque no os debo ocultar mis buenos amigos, que no estáis en gracia de mi ilustre cocinero, y que tengo por seguro que su ida no tiene causa más poderosa que vuestra condenable indiferencia.

Yo creí proporcionarle una alegría al anunciarle hace algunas semanas que nuestras cacerías le aseguraban un concurso de inteligentes que no tardarían en apreciar su talento. «El señor marqués me excusará—respondió Rostain con sonrisa melancólica—sile manifiesto que no comparto sus opiniones: en primer lugar porque los cazadores no comen sino devoran. Llegan á la mesa con estómago de naufrago *iratum ventrem*, como dijo Horacio, y engullen sin elegir y sin reflexionar, *gula parens*, las producciones más acabadas de cualquier artista; en segundo

lugar, el ejercicio violento de la caza, desarrolla en el cazador sed desordenada, que tratan de satisfacer sin moderación. El señor marqués no habrá olvidado lo que sobre el uso excesivo del vino decían los antiguos: «entorpece el gusto—*exurdant vina palatum*»—No obstante, el señor marqués puede estar seguro de que trabajaré para sus invitados con mi habitual conciencia, aunque con la dolorosa certeza de que no seré comprendido.»

—Creo—dijo al marqués—que no hubiérais tenido que hacer ningún sacrificio para retener á ese hombre.

—Cierto—replicó el marqués,—pero váis á ver que hemos llegado á los límites de lo imposible. Hace próximamente ocho días, Rostain me pidió una audiencia particular y una vez concedida me manifestó que se veía en el doloroso caso de participarme que dejaba mi servicio. ¡Cómo!—grité.

—¿Y dónde iréis?

—«A París»—me respondió.

—¿A París?—pregunté con extrañeza. ¿Pero no salisteis de la gran Babilonia sacudiendo en la puerta el polvo de vuestros zapatos para no llevar encima nada que os recordase la ciudad prostituida? Puedo repetiros, si queréis fielmente, vuestras propias palabras sobre la decadencia del gusto y el escandaloso entronizamiento de la cocina romántica.

Rostain suspiró y se dijo:

«—Es cierto cuanto me decís, señor marqués; pero también la vida fuera de París tiene sus amarguras que yo no había sentido.

Le propuse aumento de sueldo y se negó á aceptar, y comprendiendo que me callaba la causa verdadera de su disgusto, le pregunté resueltamente:

—Decidme, ¿qué ha sucedido? ¿No os agrada la ayudanta que tenéis en la cocina? ¿Os incomoda y turba vuestras sacrosantas meditaciones con sus canciones groseras? Hablad y la despido en el acto... ¿Es, por ventura, Antonio quien os disgusta? Le despediré también. ¿Es el cochero?... En una palabra, le ofrecí toda mi casa en holocausto.

El cocinero sacudió la cabeza con indiferencia. ¡Por favor, Rostain!—grité con desesperación,—habladme con claridad.

—Pues bien—replió Juan Rostain,—os confieso que no me es posible vivir en un sitio donde no encuentro un compañero para jugar una partida de billar.

—Aquello era demasiado pedir—dijo el marqués con encantadora ingenuidad,—y como no podía yo ofrecerme para jugar al billar con Rostain tuve que resignarme. Escribí á París sin pérdida de tiempo y ayer llegó un cocinero joven, con largos bigotes, que me dijo llamarse Jacquemart.

El clásico Rostain, por un sublime movimiento de amor propio, ha querido secundar á Jacquemart en su primer trabajo, y ya tenéis explicado como ha podido servirse hoy esta comida improvisada, de la que sólo el señor y yo hemos sabido apreciar las misteriosas bellezas.

M. de Malouet se levantó de la mesa al acabar el relato de la epopeya de Rostain.

Después del café fui con los fumadores al patio de honor del castillo.

La noche era magnífica. El marqués me llevó al parque, del que pasamos á una alameda, cuyo piso, cubierto de fina arena, reflejaba claramente los rayos de la luna que penetraban atravesando el ramaje de los añosos castaños.

Conversando con aparente indiferencia, el marqués me sometió á una especie de examen sobre distintas materias, como para asegurarse de que yo era digno del interés que hasta entonces me había habido testimoniado gratuitamente.

No estuvimos acordes en todos los puntos que tratamos, pero ligados ya por espontánea y mutua simpatía encontramos casi igual placer cuando discutíamos como cuando estábamos de acuerdo.

Este discípulo de Epicuro es un pensador; su pensamiento exuberante y generoso ha tomado en la soledad en que se ejercita un carácter sublime.

Me causó alguna sorpresa diciéndome de improviso:

—¿Qué opináis de la nobleza considerada como una institución en nuestra época y en nuestro país?

Vió que vacilaba, y añadió:

—Podéis hablar francamente, ¡que diantre! Ya podéis haber comprendido que soy un hombre franco.

—Yo tengo hacia la nobleza respetos de artista. La miro... como un monumento nacional, como una hermosa ruina histórica, á la que quiero y me acerco cuando no hay peligro de que se derrumbe.

—¡Oh! ¡oh!—replicó riendo,—hemor de conversar largamente para poder entendernos sobre este punto. No me avengo á que me tengáis como una ruina, ni aun con el carácter de histórica. Oyendo cuanto habéis manifestado, os causaría mucha extrañeza que os dijera que opino que la vida de Francia sería imposible sin la nobleza.

—En efecto, me extraña esa afirmación.

—Sin embargo, estoy dispuesto á probarla. No concibo una nación sin una aristocracia, como no concibo un ejército sin estado mayor. La nobleza es el estado mayor intelectual y moral de un país.

—¿También en Francia?

—En otros tiempos era lo que debiera ser con

arreglo á la civilización: ha sido la cabeza, el corazón y el brazo de la nación. Posteriormente ha aceptado, lo reconozco, otro papel menos digno, que le obligaba á desempeñar la variación completa de las costumbres. Si el cielo me diera un hijo—y al hablar de esto toco la cuerda más sensible de mi corazón,—yo consideraría mi primer deber arrancarle de la ociosidad peligrosa y de la abyección donde se agostan y mueren los restos de nuestros gloriosos antepasados. Sin dejar de ser el primero por el valor—virtud antigua que sigue dando provechosos frutos,—cuidaría que fuera el primero, uno de los primeros, cuando menos, por la inteligencia, la ciencia y por el gusto en todas las manifestaciones de esta noble actividad del espíritu. Conozco que la aristocracia debe seguir cuidadosa la marcha de la civilización, y á ser posible, no sólo seguirla, sino guiarla; comprendo que no debe vivir aislada, por serle necesario adquirir sangre nueva y procurar hacer suyo todo mérito eminente y toda virtud probada. Todo esto es cierto, pero no me digáis que una nación puede vivir sin aristocracia. Si insistís en esto me permitiréis que os pida vuestra opinión sobre la sociedad americana, la única que vive desligada de toda influencia inmediata ó lejana de una aristocracia.

—Me parece—repliqué evitando responder directamente á su pregunta,—que en Francia

tenemos ese estado mayor intelectual que consideráis necesario: es la aristocracia natural y legítima del trabajo y del mérito. Confío en que esta nobleza no nos faltará nunca. ¿Para qué empeñarnos en formar una institución cuando hay un hecho natural que se renueva y se perpetúa con cada generación?

—¡Ta, ta, ta!—gritó el marqués acalorándose; —ese es el producto de las nuevas enseñanzas. ¿Creéis de buena fe que una nación, una civilización nacional, pueden nacer, desenvolverse y conservarse por el solo hecho de las individualidades más ó menos brillantes que dé á luz cada generación? Preguntad á la historia ó mejor será, que como ya os he dicho os fijéis en América. Los Estados Unidos tienen como los demás Estados su contingente de hombres de talento y, sin embargo, no tienen lo que pudiéramos llamar espíritu nacional. Hacedme el favor de decirme un solo rasgo, un detalle de este espíritu. No tienen ni capital puesto que la capital no es otra cosa que la ciudad donde vive y se manifiesta la aristocracia.

Siguiendo nuestra conversación regresamos al castillo, donde oímos un gran ruido de voces y risas. Miramos con curiosidad y vimos unos cuantos jóvenes saltando animosos como para alcanzar la plataforma que corona la doble escalera.

Nos dimos explicación de esta gimnástica

apasionada tan pronto como la claridad de la luna nos permitió distinguir un vestido blanco sobre la plataforma. Se trataba seguramente de un torneo sostenido para que la mujer que vestía el traje blanco diera el premio al vencedor.

La joven (si no hubiera sido joven no hubieran ellos saltado con tanto afán) estaba de codos sobre la balaustrada exponiendo atrevidamente á la claridad de una noche de otoño y á los besos de Diana su cabeza adornada con flores y sus hombros desnudos. Por intervalos se incorporaba y presentaba á los luchadores un objeto que desde lejos no era fácil de apreciar: era un cigarrillo, delicado trabajo de sus blancas manos y de sus rosadas uñas.

Por más que el espectáculo no tuviera nada de extraordinario, M. de Malouet vió en él algo que le disgustó, pues su acento afable comunemente, se trocó en severo y adusto, para decir:

—¡Vamos! Ya me figuraba que sería la *condesita*.

No tengo para qué añadir que en la *condesita* había reconocido á mi amazona de las plumas azules, que con las plumas y sin ellas parecía tener el mismo temperamento.

También ella me reconoció inmediatamente, como vas á verlo.

Queriendo la condesita poner fin al espectáculo que había desagradado al marqués, vino

hacia mí y me puso bruscamente el cigarrillo en la mano, diciendo:

—¡Tome usted! le corresponde por ser indudable que no hay quien le aventaje en ligereza para correr y saltar.

Dijo esto y desapareció, dejando por igual contentos con su broma á los vencidos y al vencedor.

Este es el último episodio referente á mí, de aquella noche. Después del *whist* pretexté un poco de fatiga y M. de Malouet tuvo la delicadeza de instalarme él mismo en una linda habitación contigua á la biblioteca.

Durante buena parte de la noche me incomodó el ruido monótono del piano y el de los coches, indicios de civilización que me hicieron echar de menos más amargamente que nunca mi pobre alojamiento del molino.

V

26 Septiembre.

He tenido la satisfacción de encontrar en la biblioteca del marqués los documentos históricos que me faltaban. Proceden, en efecto, de la abadía, y ofrecen á la familia de Malouet interés particular. Un Guillermo Malouet, noble y caballeresco fué quien á mediados del siglo XII restauró la iglesia y fundó la abadía con el con-

sentimiento de sus hijos Hugo, Juan y Tomás.

La carta de fundación es de 1145. Cartas posteriores prueban que la abadía del Rosel estaba en el siglo XIII en posesión de una especie de patriarca, jefe de todos los institutos de San Benito que existían entonces en Normandía.

Cada año se celebraba un capítulo general de la orden, presidido por el abad del Rosel, y al que asistían representantes de doce conventos. La reunión se celebraba en la sala capitular, hoy vergonzosamente profanada.

El abad era, como llevo dicho, el jefe de una orden ilustre, cuyo solo nombre basta para recordar cuánto el trabajo tiene de noble y austero.

Los archivos del castillo son muy curiosos y la biblioteca muy rica, y en ella me pasaría gustoso la vida dedicado á evocar los recuerdos de otras edades, si mis excelentes huéspedes no me quitaran con una mano la libertad que con la otra me dan.

—¡Sed libre! ¡trabajad cuanto gustéis!—me dice el marqués todas las mañanas. Una hora después entra en la biblioteca.

—¿Se trabaja mucho?

—Un poco, ahora comienzo.

—¡Cómo! ¡diantre! Hace más de dos horas que está usted aquí... Decididamente quiere usted matarse, amigo mío... Mi mujer está en el

hacia mí y me puso bruscamente el cigarrillo en la mano, diciendo:

—¡Tome usted! le corresponde por ser indudable que no hay quien le aventaje en ligereza para correr y saltar.

Dijo esto y desapareció, dejando por igual contentos con su broma á los vencidos y al vencedor.

Este es el último episodio referente á mí, de aquella noche. Después del *whist* pretexté un poco de fatiga y M. de Malouet tuvo la delicadeza de instalarme él mismo en una linda habitación contigua á la biblioteca.

Durante buena parte de la noche me incomodó el ruido monótono del piano y el de los coches, indicios de civilización que me hicieron echar de menos más amargamente que nunca mi pobre alojamiento del molino.

V

26 Septiembre.

He tenido la satisfacción de encontrar en la biblioteca del marqués los documentos históricos que me faltaban. Proceden, en efecto, de la abadía, y ofrecen á la familia de Malouet interés particular. Un Guillermo Malouet, noble y caballeresco fué quien á mediados del siglo XII restauró la iglesia y fundó la abadía con el con-

sentimiento de sus hijos Hugo, Juan y Tomás.

La carta de fundación es de 1145. Cartas posteriores prueban que la abadía del Rosel estaba en el siglo XIII en posesión de una especie de patriarca, jefe de todos los institutos de San Benito que existían entonces en Normandía.

Cada año se celebraba un capítulo general de la orden, presidido por el abad del Rosel, y al que asistían representantes de doce conventos. La reunión se celebraba en la sala capitular, hoy vergonzosamente profanada.

El abad era, como llevo dicho, el jefe de una orden ilustre, cuyo solo nombre basta para recordar cuánto el trabajo tiene de noble y austero.

Los archivos del castillo son muy curiosos y la biblioteca muy rica, y en ella me pasaría gustoso la vida dedicado á evocar los recuerdos de otras edades, si mis excelentes huéspedes no me quitaran con una mano la libertad que con la otra me dan.

—¡Sed libre! ¡trabajad cuanto gustéis!—me dice el marqués todas las mañanas. Una hora después entra en la biblioteca.

—¿Se trabaja mucho?

—Un poco, ahora comienzo.

—¡Cómo! ¡diantre! Hace más de dos horas que está usted aquí... Decididamente quiere usted matarse, amigo mío... Mi mujer está en el

salón... Cuando termine vaya usted á hacerla compañía. Le espera.

— Con mucho gusto.

— Pero nada de imposición; cuando no tenga qué hacer.

Se marcha para ir á cazar ó para dar un paseo por la orilla del mar.

Yo, preocupado con la idea de que me están esperando y comprendiendo que no haré nada de provecho, me decido á ir en busca de la señora de Malonet, á quien encuentro conversando animadamente con su confesor ó con Jacquemat.

De este modo suelo pasar la mañana.

Otras veces paseo á caballo con el marqués.

Por la tarde juego al *whist* y converso con las señoras, procurando que olviden el concepto que de mí formaran el día de la carrera, porque soy enemigo de las originalidades y de ésta más que de ninguna.

A media tarde vuelvo á la biblioteca y trabajo hasta la hora de la cena.

La sociedad habitual del castillo se compone de los huéspedes del marqués, numerosos á pesar de estar avanzada la estación, y de algunas personas de los alrededores.

Todo se hace con el exclusivo objeto de festejar á la hija única del marqués, que viene todos los años á pasar el invierno con su familia.

Es una joven de belleza escultural, que se di-

vierte con dignidad de reina y que se comunica con los mortales por monoslabos desdeñosos Pronunciados con voz de bajo profundo.

Casó hace doce años con un inglés agregado al cuerpo diplomático, lord A..., personaje tan hermoso y tan impasible como su esposa.

Dirige por intervalos á su mujer un monosilabo inglés, al cual ella responde imperturbable con un monosilabo francés. Tres lords diminutos, dignos del pincel de Lawrence, giran majestuosamente alrededor de sus olímpicos papás, testimoniando entre los representantes de los dos pueblos una secreta inteligencia.

Otra pareja casi tan original habita en su castillo vecino y viene cotidianamente á visitarnos.

El marido es M. de Breully, antiguo guardia de corps y amigo íntimo del marqués.

Es un anciano vivaracho, que conserva cuidadosamente los restos de su apostura y que lleva un sombrero muy pequeño sobre sus cabellos grises, que pelna hacia arriba. Tiene la costumbre de recalcar las palabras y de hablar con lentitud que parece afectada. Sería muy amable si no tuviera el ánimo constantemente torturado por los celos y por un temor ardiente de poner de manifiesto su debilidad, que ya conocemos todos.

No es fácil de explicar por qué con tales disposiciones avaloradas con excelente juicio, ha

cometido la tontería de casarse á los cincuenta y cinco años con una mujer joven, linda y criolla.

—M. de Breully—dijo el marqués cuando me presentó al desconfiado esposo,—mi mejor amigo, que lo será también vuestro y que os cortará sin vacilar el cuello si le hacéis el amor á su mujer.

—¡Por Dios! ¡amigo mío!—replicó el aludido con voz que denunciaba su contrariedad y acentuando cada palabra,—no hay razón para que me presentéis á este caballero como el Oтелo de Normandía. El señor, puede seguramente... el señor, es completamente libre... Además, él sabe, seguramente, no traspasar los límites de las cosas... Y para más obligaros, caballero, me permitiréis que os presente á mi esposa, que desde este momento recomiendo á vuestras caballerosas atenciones.

Algo sorprendido por este lenguaje, tuve la inocencia ó la malicia de interpretarlo literalmente. Me senté resueltamente al lado de la señora de Breully y me puse á conversar con ella sin traspasar los límites de las cosas.

El esposo nos vigilaba de lejos sin perder ni uno de nuestros ademanes. Yo veía brillar sus ojos grises; sonreía nerviosamente y se apretaba los dedos arrancando á las falanjes crugidos siniestros.

M. de Malouet se me acercó bruscamente, me

ofreció una carta de whist y me obligó á levantarme.

—¿Qué estáis haciendo?—me dijo.

—¿Yo? nada.

—¿Ya habéis olvidado mi aviso? ¡Mirad á Breully! Es la única debilidad de ese hombre y todos se la respetamos. Haced lo mismo, os lo ruego.

De la debilidad de este hombre resulta que su mujer vive sometida á cuarentena perpetua. El carácter belicoso de un marido suele ser un atractivo más para los que gustan de enamorar á las casadas; pero nadie quiere arriesgar la vida sin apariencias de una compensación posible, y nuestro hombre está siempre tan en guardia, que nos amenaza, aunque sólo sea con un escándalo en público, al primer movimiento que pueda aparecer á sus ojos como una tentativa de avance. Esto desanima visiblemente á los más arriesgados, y es caso raro cuando la señora de Breully no tiene á derecha é izquierda dos puestos vacantes, á pesar de su gracia atractiva, de sus grandes y expresivos ojos de criolla y á despecho de sus miradas suplicantes, que parecen decir á todas horas: «¡Dios mío! ¡no me inducirá nadie á la tentación!»

Tú creerás que el abandono en que vive manifestamente la pobre mujer, debe ser para su marido un motivo de seguridad.

Nada de eso. Su ingeniosa manía sabe descu-

brir en esto una nueva causa para allmentar sus dudas.

—Amigo mío—decía ayer á M. de Malouet, —bien sabes que no soy más celoso que los otros hombres; pero debo confesarte que me inquieta grandemente una cosa. ¿Has observado que aparentemente no hace nadie la corte á mi mujer?

—¿Y eso te preocupa?

—Naturalmente: no dejarás de reconocer que eso no es natural. Mi esposa es bonita. ¿Por qué no se la corteja como á las demás mujeres? Aquí debe de haber misterio.

Afortunadamente para nosotros, no todas las mujeres jóvenes que habitan ó visitan el castillo están guardadas por dragones gigantescos. Algunas, por el contrario, y entre ellas dos ó tres parisienses, gozan de tal libertad y demuestran tal amor á los placeres y á la elegancia, que van más allá de los límites de la discreción.

Bien sabes que no soy de los que aman este modo de ser que responde mal á la idea que tengo formada de los deberes de la mujer; pero puesto á elegir, me afilo sin vacilar al bando de estas alocadas. Su conducta llega á parecerme hasta ideal, cuando por las noches sorprendo á ciertas señoras graves en flagrante delito de murmuración de comadres, destilando contra las jóvenes el veneno de la más baja envidia,

No es necesario salir de París para presenciar el repugnante espectáculo que dan frecuentemente los provincianos desencadenando su ira contra lo que ellos llaman el vicio; es decir, contra la juventud, la elegancia, la distinción, en una palabra, contra todo lo que estas buenas señoras no han podido tener ni tendrán jamás.

Muchas veces, pese al disgusto con que me entero de las murmuraciones de estas castas comadres, y á pesar de la repugnancia que me causa su ridícula virtud (¡oh virtud, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!), me veo forzado, á mi pesar, á estar de acuerdo con ellas en un solo punto y á convenir en que una de sus víctimas, cuando menos, da apariencia de justicia á su reprobación y á sus calumnias.

El mismo ángel del perdón se velaría la cara ante este modelo acabado de disipación, de turbulencia, de futilidad y de extravagancia mundana que se llama la condesa de Palma, y á quien todos conocen por el sobrenombre de la condesita: sobrenombre impropio ó injustificado porque la dama no es pequeña sino simplemente esbelta y nerviosa.

La condesa de Palma tiene veinticinco años: es viuda y pasa los inviernos en París con una hermana, y los estios en un castillo de Normandía, con la señora de Pontbrian, su tía.

Permíteme que te presente primeramente á la tía, que es una dama perteneciente á la no-

bleza más rancia, y se distingue á simple vista por un doble mérito: por el fervor de sus opiniones hereditarias y por su devoción exagerada. Son los apuntados dos títulos de recomendación que admito como buenos por mi cuenta. Todo principio firme y todo sentimiento sincero, exige en este tiempo un particular respeto.

Desgraciadamente la señora de Pontbrian debe de pertenecer, por lo que llevo observado, al grupo numeroso de intransigentes devotas que tienen muy poco de buenas cristianas. Es de esas que reducen á algunas prácticas aprendidas de memoria, y que por nada del mundo olvidarían sus deberes religiosos y políticos.

Las prácticas bastan para la tranquilidad de la conciencia: pero ni un sólo impulso generoso y bueno, ni un asomo de humildad. La genealogía, su asiduidad á las iglesias y sus peregrinaciones anuales para visitar á un ilustre deserrado (quien probablemente no hallará el menor placer en ver el rostro de la devota), inspiran á esta mujer una idea tan elevada de ella misma y un desprecio tan grande para su prójimo, que llega á convertirse en un sér verdaderamente insociable. No se digna hablar más que con Dios, y preciso es que Dios sea todo bondad para escucharla.

Bajo el patronato nominal de esta vieja mística, la condesita goza de independencia absoluta que no vacila en aprovechar.

Después de haber pasado el invierno en París, donde inutiliza dos caballos y un cochero cada mes para proporcionarse el placer de dar diariamente una vuelta de vals en seis balles diferentes, la señora de Palma siente la necesidad de gustar la paz de los campos.

Llega á casa de su tía, monta á caballo y parte al galope.

Viene al castillo frecuentemente, donde la excelente marquesa de Malouet le da pruebas inequívocas de un afecto que yo no acierto á explicarme.

Familiar con los hombres, impertinente con las mujeres, la condesita recibe constantemente homenajes, no siempre discretos, de los unos, y demostraciones de celos, rayanos en aborrecimiento, de las señoras.

Indiferente á los ultrajes, parece aspirar gozosa el incienso de la galantería; pero lo que más ansía es el ruido, el movimiento, el placer mundano llevado á sus últimos límites. Necesita á todas horas una cacería que dirigir, una partida de juego empeñada donde pueda saltar la banca, un cotillón desenfrenado que dure toda la noche. Un sólo minuto de reposo, de recogimiento y de reflexión, la mataría. No hay ejemplo de una existencia más accidentada y menos provechosa, de una actividad más incesante ni más estéril.

De esta suerte atraviesa la vida de prisa,

muy de prisa, graciosa, atareada é ignorante como su caballo. Cuando llegue al término fatal de la carrera, caerá de la nada de su agitación á la nada del reposo eterno, sin que la sombra de una idea seria, la noción más pequeña del deber, la nube más ligera de un pensamiento digno de un sér humano, hayan ocupado, ni aun en sueño, el cerebro estrecho que encierra su cabeza perfecta, interesante y estúpida.

Se podría decir que la muerte, tanto si la sorprende en la juventud como en la vejez, encontrará á la condesita tal como salió de la cuna, si fuera posible creer que ha conservado su inocencia del mismo modo que ha guardado la profunda puerilidad.

Esta loca, ¿tiene alma?

En verdad te digo que no acierto á adivinar qué podrá sobrevivir de este cuerpo una vez que haya perdido la vana fiebre y el soplo frívolo que hoy la animan.

Conozco demasiado bien el mundo, para que hubiera dado crédito á las acusaciones de inmoralidad de que la señora Palma es aquí objeto por parte de las viejas y de algunas jóvenes rivales suyas que tienen la bondad de envidiar el mérito de la condesita. Bien comprenderás que si la trato con rigor no es porque haga mías todas las murmuraciones y porque tome al pie de la letra todas las calumnias. Cuando los hombres se muestran severos con

ciertas faltas, se olvidan de que han pasado una parte de su vida buscando ocasiones para poner á las mujeres en trance y riesgo de que en provecho de ellos cometan otras faltas semejantes. Pero hay en el tipo femenino que quiero describir, para que tú lo conozcas, algo que á mis ojos resalta más que la inmoralidad, pero que no puede ser de ella separado.

A pesar de mi deseo de no singularizarme en nada, no he podido unirle á los otros para formar parte del cortejo de admiradores que la señora de Palma lleva unidos á su carro triunfal. No sé si

Le tyran dans sa cour remarqua mon absence;

más de una vez lo hubiera creído juzgado por las turbundas y desdeñosas miradas con que me hiere, pero es más sencillo atribuir estos síntomas hostiles á la antipatía natural que separa á dos criaturas tan disemejantes como somos la condesita y yo.

Yo la miro á mi vez, de un modo que testimoniaría indudablemente la sorpresa que me causa la monstruosidad de semejante fenómeno psicológico. Así vivimos distanciados.

Para hablar con más propiedad, debiera decir: vivíamos distanciados, porque en realidad se han agrandado las distancias á consecuencia de una aventura ocurrida ayer, y que me ha dado sobre la señora Palma ventaja considerable.

Ya te he dicho que la señora de Malouet, por inexplicable refinamiento de caridad cristiana, tiene por la condesita innegable predilección. Ayer conversaba yo con la marquesa en un rincón del salón: me tomé la libertad de decírla, riendo, que esta predilección era, por tratarse de ella, un mal ejemplo que no podía explicarme, por la misma razón que nunca había comprendido bien el pasaje del Evangelio donde el arrepentimiento de un pecador se estima en más que la constancia de un millar de justos, afirmación que siempre he tenido como ilógica y desalentadora para los justos.

—Ante todo—replicó la señora de Malouet,—debe usted pensar que los justos no se desalientan.

—Pero...

—No continúe usted porque aún tengo que añadir que los justos no existen. ¿Acaso tiene usted la pretensión de ser uno de ellos?

—De ningún modo.

—¿Entonces con qué derecho se atreve á juzgar tan severamente al prójimo?

—Yo no considero á la señora de Palma mi prójimo.

—Eso es muy cómodo. La señora de Palma ha sido mal educada y mal casada; pero puede usted estar seguro de que es un verdadero diamante sin pulir.

—Operación difícilísima.

—Nada de eso; bastaría un buen obrero, quiero decir un buen marido, que quisiera tomarse ese trabajo.

—Permitídmeme que compadezca á ese infortunado lapidarlo.

La señora de Malouet golpeó ligeramente el suelo con el pie, é hizo otras demostraciones de impaciencia, que en un principio no supe cómo interpretar; pero de pronto un pensamiento que tuve por luminoso, cruzó por mi cerebro: di por seguro que había descubierto el punto flaco, el único defecto de esta encantadora anciana.

Estaba poseída de la monomanía de preparar matrimonio, y en su deseo cristiano de apartar á la condesa del abismo de perdición, meditaba secretamente precipitarme con ella sin pararse á pensar si era digna de esta merced la condesita. Seguro de haber acertado me apercibí á una defensa, que ahora me parece ridícula.

—¡Dios mío! eso es demasiado—dijo la señora de Malouet:—¿por qué ha de dudar usted de sus aficiones literarias?

—No dudo de estas aficiones—dije,—sino de que sepa leer.

—Hablemos con seriedad: ¿qué reprocha usted á la condesita?—preguntó la anciana con voz singularmente emocionada.

Quise destruir de un solo golpe el sueño matrimonial, que, según creía, acariciaba la marquesa.

—La reprocho—repliqué—que pasa la vida dando el espectáculo soberanamente irritante, hasta para los profanos como yo, del entronizamiento de la nulidad y el vicio. Cierto que no tengo derecho á juzgar, pero en mí, como en todos los espectadores de teatro, hay un fondo de razón y de moralidad que se subleva ante los personajes despojados de buen sentido ó de virtud y que sólo aspiran á su triunfo.

La agitación de la anciana aumentó notablemente.

—¿Cree usted que yo la recibiría en mi casa si mereciera todas las piedras que la calumnia la arroja?

—Pienso que os es imposible creer en el mal.

—¡Bah! os aseguro que en esta ocasión no habéis dado pruebas de perspicacia. Esas historias de amor que se la atribuyen no tienen con ella ningún punto de contacto. Es una niña que no sabe ni lo que es amar.

—De eso ya estoy persuadido. Su coquetería vulgar basta para demostrarlo. Tampoco vacilaría en afirmar que los arrebatos de la imaginación ó de la pasión son completamente ajenos á sus errores, más censurables porque no tienen escena.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la señora de Malouet juntando las manos: ¡no siga usted! Repíte que es una pobre niña abandonada... La conozco mejor que usted... Le aseguro que bajo esa

aparición de alocada hay tanto corazón como cerebro.

—Soy de la misma opinión: tanto de uno como de otro.

—Es usted implacable, amigo mío—dijo la marquesa dejando caer los brazos como desesperada.

En el mismo momento vi que se agitaba violentamente el cortinaje que cubría la puerta, cerca de la cual estábamos sentados, y la condesita, dejando el escondite que la habían obligado á buscar las exigencias de no sé qué juego, se presentó ante nosotros, y sin pronunciar una palabra fué á reunirse al grupo de jugadores que la esperaban en un saloncito inmediato.

Miré sorprendido á la señora de Malouet.

—¡Cómo! ¿Estaba ahí?

—Sí señor. Nos ha oído y nos veía.

Quedé algo confuso. Lamentaba la dureza de mis palabras, porque al atacar con tal violencia á la condesita, lo había hecho arrastrado por el interés de la controversia, más que por un sentimiento de animadversión. En realidad la joven me era indiferente.

—¿Y qué debo hacer ahora?—dije á la señora de Malouet.

La anciana reflexionó un momento y me respondió alzando ligeramente los hombros:

—Nada; es lo más acertado.

El menor soplo hace que se desborde una copa

llena; del mismo modo la contrariedad de esta escena parecía haber exagerado el sentimiento de enojo y aburrimiento que se había apoderado de mí desde que estaba hospedado en el castillo.

La alegría continua de esta casa, este movimiento convulsivo, estas carreras, estas danzas, estas comidas, este bullicio sin tregua y este eterno ruido de fiesta me incomodan grandemente.

Echo con amargura de menos el tiempo que he robado á la lectura y á las indagaciones que me conciernen; echo de menos mi valle de Tempé, y, sobre todo, Pablo, te echo de menos á ti.

No niego que en este reducido centro social hay bastantes personas distinguidas para formar elementos de relaciones muy agradables; pero estos elementos están dedicados por entero á las fiestas mundanas que yo voy aborreciendo.

El señor de Malouet y el mismo señor Breuilly, cuando sus insensatos celos no le privan de sus facultades, son ciertamente inteligencia y corazones privilegiados; pero la diferencia de los años abre entre nosotros ancho y profundo abismo.

En cuanto á los jovencuelos y á los hombres de mi edad, van todos con paso más ó menos ligero por el camino de la señora de Palma. Basta que yo no los siga para que me testimonien

una especie de frialdad vecina de la antipatía.

Mi orgullo me impide hacer nada para romper este hielo, por más que dos ó tres de estos enemigos me parecen hombres inteligentes y revelan instintos muy superiores á la vida que aquí llevan.

Aquí se me ocurre repetir una pregunta que me hago muchas veces: ¿Valemos más tú y yo, amigo Pablo, que esta multitud de alegres compañeros y despreocupados vividores? Como nosotros tienen vergüenza y honor, como nosotros no tienen ni virtud ni religión, propiamente dichas. Hasta aquí somos iguales.

Sólo nuestros gustos y nuestros placeres son distintos. Todas sus preocupaciones se refieren á las ligerezas propias del mundo, á los cuidados de la galantería y á la actividad material; las nuestras se dirigen con predilección casi exclusiva al ejercicio del pensamiento y á las buenas ó malas obras de la inteligencia.

¿Acertarán ellos ó nosotros?

VI

1.º Octubre.

Pablo, aquí ocurre algo que no me satisface. Quisiera recibir tu opinión y tu consejo: envíame ambas cosas lo más pronto posible.

En la mañana del jueves, después de escribir

llena; del mismo modo la contrariedad de esta escena parecía haber exagerado el sentimiento de enojo y aburrimiento que se había apoderado de mí desde que estaba hospedado en el castillo.

La alegría continua de esta casa, este movimiento convulsivo, estas carreras, estas danzas, estas comidas, este bullicio sin tregua y este eterno ruido de fiesta me incomodan grandemente.

Echo con amargura de menos el tiempo que he robado á la lectura y á las indagaciones que me conciernen; echo de menos mi valle de Tempé, y, sobre todo, Pablo, te echo de menos á ti.

No niego que en este reducido centro social hay bastantes personas distinguidas para formar elementos de relaciones muy agradables; pero estos elementos están dedicados por entero á las fiestas mundanas que yo voy aborreciendo.

El señor de Malouet y el mismo señor Breuilly, cuando sus insensatos celos no le privan de sus facultades, son ciertamente inteligencia y corazones privilegiados; pero la diferencia de los años abre entre nosotros ancho y profundo abismo.

En cuanto á los jovencuelos y á los hombres de mi edad, van todos con paso más ó menos ligero por el camino de la señora de Palma. Basta que yo no los siga para que me testimonien

una especie de frialdad vecina de la antipatía.

Mi orgullo me impide hacer nada para romper este hielo, por más que dos ó tres de estos enemigos me parecen hombres inteligentes y revelan instintos muy superiores á la vida que aquí llevan.

Aquí se me ocurre repetir una pregunta que me hago muchas veces: ¿Valemos más tú y yo, amigo Pablo, que esta multitud de alegres compañeros y despreocupados vividores? Como nosotros tienen vergüenza y honor, como nosotros no tienen ni virtud ni religión, propiamente dichas. Hasta aquí somos iguales.

Sólo nuestros gustos y nuestros placeres son distintos. Todas sus preocupaciones se refieren á las ligerezas propias del mundo, á los cuidados de la galantería y á la actividad material; las nuestras se dirigen con predilección casi exclusiva al ejercicio del pensamiento y á las buenas ó malas obras de la inteligencia.

¿Acertarán ellos ó nosotros?

VI

1.º Octubre.

Pablo, aquí ocurre algo que no me satisface. Quisiera recibir tu opinión y tu consejo: envíame ambas cosas lo más pronto posible.

En la mañana del jueves, después de escribir

mi carta, sali del castillo para echarla en el buzón. Como cuando regresé sólo faltaban algunos minutos para la hora del desayuno, entré en el salón que estaba aún desierto; hojeaba tranquilamente una «Revista» cerca del fuego, cuando se abrió la puerta bruscamente. Oí el crujir rápido de una falda de seda, demasiado amplia para pasar desahogadamente por una abertura de un metro escaso de ancho, y vi aparecer á la condesita, que habia pasado la noche en el castillo.

Si te acuerdas del diálogo que el día anterior sostuve con la marquesa, y que la señora de Palma oyó desde su escondite, comprenderás, sin gran esfuerzo, que no podía serme agradable aquel inesperado encuentro matutino con mi enemiga.

Me puse en pie y la saludé con una profunda reverencia, á la que ella respondió con una inclinación de cabeza, que aunque ligera, era más cortés de lo que yo tenia derecho á esperar.

Los primeros pasos que dió fueron indecisos; me pareció una perdiz herida en el ala y aturdida por el disparo. ¿Iría al piano, á la chimenea, á la ventana, hacia la derecha ó hacia la izquierda?

Era evidente que ella tampoco lo sabia; pero la indecisión no es uno de los defectos de su carácter; tomó rápidamente su partido y atravesó el inmenso salón con paso firme para dirigirse

á la chimenea; es decir, hacia mi dominio particular.

En pie ante mi sillón y con la «Revista» en la mano, esperaba los acontecimientos con gravedad, aparente; que ocultaba sólo á medias una fuerte agonía interior.

Por fortuna tuve tiempo para preparar una explicación y para tomar posiciones. La viva conciencia de mi arrepentimiento, el recuerdo torturante de la forma casi injuriosa en que habia emitido mi juicio, me impedían tomar actitud de resistencia.

La señora de Palma se detuvo á dos pasos de mí, apoyó su diestra sobre el mármol de la chimenea y acercó al fuego el zapatito que apriionaba su pie izquierdo. Después se volvió hacia mí, y sin dirigirme una sola palabra pareció gozarse en mi visible embarazo.

Decidí volver á tomar asiento y continuar la lectura interrumpida; pero creí necesario, á modo de transición, decir antes á la condesita:

—¿Desea usted esta «Revista», señora?

—Gracias, caballero, no sé leer.

Esta contestación agresiva fué dada con decisión y voz casi varonil.

Institivamente hice con la cabeza y con la mano un gesto cortés, con el cual parecia mostrar mi conformidad con la confidencia que se me hacia.

Ya estaba más tranquilo. Habia recibido el

primer disparo de mi adversario. El honor estaba satisfecho.

No obstante, al cabo de algunos segundos de silencio, comencé á sentir de nuevo el embarazo de mi situación. Traté inútilmente de leer.

Una explicación franca me hubiera parecido cien veces preferible á aquella vecindad incómoda y persistente, á la hostilidad muda que me obligaba á mirar con inquietud el pie enano de la señora de Palma, que se agitaba nerviosamente ante el fuego, y á escuchar el repiqueteo de sus sortijas sobre el mármol de la chimenea.

A mi pesar dejé escapar un suspiro de satisfacción cuando ví que se abría la puerta y se presentaba en escena un nuevo personaje á quien podía considerar como un aliado.

Era una señora, amiga de la infancia de lady A. y que se llamaba Durmattre. Es viuda é infinitamente hermosa. La razón de sus encantos superiores le ha conquistado hace tiempo la animadversión de la señora de Palma, quien aludiendo á las *toilettes* severas de su rival, al carácter lánguido de su hermosura y á su conversación un poco elegíaca, se goza en llamarla la *viuda del Malabar*.

La señora Durmattre carece de ingenio y gracia, pero tiene inteligencia, es soñadora y conoce bastante bien la literatura. Su monomanía es ser una amena conversadora. En el poco

tiempo que llevo en el castillo he contraído con ella una amistad casi cordial, porque escuchó con religiosa atención sus elegíacas lamentaciones. Muchas veces no la comprendo, pero siempre me esfuerzo para que ella quede satisfecha de mi penetración. Lo cierto es que no me canso de escuchar su voz, que es una música, de mirar sus formas, que son de pureza exquisita, y de admirar sus grandes ojos negros, que el espeso velo que forman sus largas pestañas envuelven en una inefable sombra mística.

No te inquietes por lo que te digo: he decidido que la estación de amar y de ser amado ha pasado para mí.

Al oír el ruido de la puerta, se había vuelto la condesita.

Al reconocer á la recién llegada, sus ojos azules se iluminaron con relámpago de ira reconcentrada: el azar le enviaba una presa. Dejó á la hermosa viuda que diera algunos pasos con lentitud algo afectada y dejó escapar una estrepitosa carcajada.

—¡Bravo!—dijo con énfasis,—¡la marcha del suplicio! ¡la víctima conducida al altar! ¡Ifigenia, ó mejor aún Hermión...

¡Pleurante apres son char vous voulez qu'on me voie!

¿Quién es el autor de este verso!

¡Soy tan ignorante!... ¡Ah! ¡ah! ¡creo que es de

vuestro amigo Lamartine! Seguramente pensaba en usted, amiga mía, cuando lo hizo.

—¿Ahora se dedica usted á la poesía?—dijo la señora Durmaitre.

—¿Por qué no? ¿Acaso tiene usted el monopolio? *Pleurante apres son char...* recuerdo haber oído esto á Rafael... No, no es de Lamartine, es de Boileau... Aseguro á usted, amiga Natalla, que estoy decidida á rogarle que me dé lecciones de conversación seria y profunda... ¡Me divierten mucho las personas graves! Empecemos por una pregunta: ¿Quién prefiere usted, Lamartine ó Boileau?

—No existe entre ellos la más pequeña relación—replicó la señora Durmaitre con bastante buen sentido y excesiva buena fe.

—¡Ah!—dijo burlonamente la condesita.

Y señalándome con el dedo:

—Usted prefiere, seguramente, al señor, que también hace versos.

—No, señora—repliqué,—está usted en un error, no versifico.

—Perdone usted, me lo había figurado.

La señora Durmaitre, que debía, sin duda, á la conciencia de su belleza soberana su inalterable serenidad de espíritu, se limitó á sonreír desdeñosamente. Después ocupó el sillón que yo había dejado.

—¡Qué tiempo tan triste!—me dijo;—este cielo de otoño pesa sobre el alma.—Yo estaba miran-

do en aquel momento por la ventana: todos los árboles se me antojaban cipreses y toda la campiña un cementerio.

—No, por favor, Natalla, os lo suplico—interrumpió la señora de Palma,—no continúe usted sus jeremiacos lamentos. Acabará usted por ponerse mala.

—Me voy convenciendo—replicó sin inmutarse la hermosa viuda,—de que ha pasado usted una mala noche.

—¿Yo? Se equivoca usted; precisamente la he pasado mecida por celestiales ensueños... he tenido éxtasis... Mi alma ha encontrado varias almas como la vuestra... Los ángeles me han sonreído.

La señora Durmaitre enrojeció ligeramente, se encogió de hombros y tomó la *Revista* que yo había colocado sobre la chimenea.

—A propósito, Natalia—dijo insistiendo la condesita,—¿sabe usted qué hombres nos acompañarán hoy á la mesa?

La excelente Natalla nombró á M. de Brouilly, á dos ó tres casados y al cura de la parroquia.

—En ese caso me marcharé después del desayuno—dijo la condesita, mirándome.—Ya sabe usted que sólo gusto de la compañía de los hombres, y hay tres clases de individuos á quienes no considero como pertenecientes á este sexo... ni al otro: los casados, los sacerdotes y los sabios.

Después de decir esta sentencia, la señora de Palma me dirigió una nueva mirada, de la que no tenía yo necesidad para comprender que me hacía figurar en su clasificación de las especies neutras. Me incluía en los individuos de la tercera categoría, aunque me faltaban títulos para entrar en ella con derecho: para las mujeres como la condesita, es cosa fácil pasar por sablo.

Sonó la campana que anunciaba la hora del desayuno, y dijo la señora de Palma:

—¡Gracias á Dios que nos avisan! Tengo un hambre diabólica, de la que se ven siempre libres los espíritus puros y las almas en pena.

Se deslizó, más que anduvo, hasta la puerta del salón, y se arrojó al cuello del marqués de Malouet, que entraba seguido de sus huéspedes.

Yo me apresuré á ofrecer el brazo á la señora Durmattre, procurando, á fuerza de cortesías, hacerla olvidar la tempestad que por culpa mía había descargado sobre ella.

Como habrás notado, seguramente, la condesita había dado pruebas en esta conversación de su habitual libertad, tan falta de medida como de gusto; pero había puesto á la vez de manifiesto más ingenio que el que yo la suponía, y aunque la demostración se había hecho á mi costa, no dejé de celebrarla mentalmente.

He de reconocer también, para ser justo, que las represalias que se tomaba la condesita no tenían de censurable otra cosa que haber hecho

responsable de mi falta á una víctima inocente.

En resumen, durante el tiroteo de frases intencionadas, pero no ofensivas, me había sonreído interiormente más de una vez, y la impresión que mi enemiga me dejaba era más atenuante que agravante. Al desdén que hasta entonces me había inspirado la extravagante condesita, se mezclaba desde aquel momento dulcedad hacia la muchacha mal educada y para la mujer mal dirigida.

Las mujeres son demasiado hábiles para que á la señora de Palma se le escapara este sentimiento mío. Tuvo vaga conciencia de la forma en que había modificado mi primitiva opinión, y no tardó en procurar sacar partido de esta disposición relativamente favorable.

Durante dos días me asateó con sus bromas intencionadas, que yo sufrí pacientemente, y á las que contestaba con atenciones, porque aún me atormentaba el recuerdo de las duras expresiones de su diálogo con la señora Malouet, y no creía haberlas expiado lo suficiente con el débil martirio que había sufrido en compañía de la hermosa *viuda del Malabar*.

No hacía falta tanto para que la condesita se imaginara que podía ya tratarme como á país conquistado y considerarme como un rendido admirador.

Anteayer dedicó el día á probar la fuerza y el alcance de su poder naciente sobre mi cora-

zón y mi voluntad, pidiéndome dos ó tres servicios insignificantes, que cualquiera de los adoradores de la condesita se hubiera apresurado á hacer, considerándose muy honrado, y que yo negué con cortesía, pero friamente. Estos actos de vasallaje á la belleza tienen algún encanto cuando no se nos piden como imposición, pero no todas las edades ni todos los caracteres son á propósito para someterse á las exigencias de los otros.

Los espíritus graves y las naturalezas un poco adustas, sin negarse rotundamente á aceptar todas las impertinencias dictadas por el capricho, deben evitar el desempeño de ciertas funciones que sólo la juventud y la elegancia graciosa pueden cumplir sin caer en el ridículo.

A pesar de la firmeza con que yo me había negado durante todo el día á someterme á estas pruebas, la señora de Palma dió por segura su victoria; juzgó neciamente que le bastaba con querer para dominarme, triunfo de poca valía seguramente, pero que para ella tenía el mérito de haber sido alcanzado en ruda lid.

Por la noche, en el momento en que me apartaba de la mesa del *whist*, se me acercó deliberadamente y me rogó que le dispensara el honor de figurar con ella en la danza de carácter que se llama cotillón.

Me excusé riendo, por mi absoluta inexperiencia; ella insistió declarando que era evi-

dente que yo tenía disposición para la danza, recordándome graciosamente la agilidad de que había dado pruebas en el bosque. Por fin, para terminar el debate, me asió familiarmente del brazo, diciendo que no estaba acostumbrada á que se le negase lo que pedía.

—Ni yo acostumbro tampoco—dije—á dar ocasión para que se rían.

—¿Ni aun por complacerme?

—Menos aún.

La saludé sonriendo por el efecto de mis palabras, que acentué de manera tan positiva que ella no se atrevió á insistir.

Soltó mi brazo bruscamente y fué á agregarse á un grupo de jóvenes que desde lejos nos observaban con interés manifiesto.

La condesita fué recibida con cuchicheos y sonrisas, á los que respondió con algunas frases rápidas, de las que sólo pude entender la palabra *revancha*.

No di gran importancia al incidente ni á la amenaza, y mi alma me llevó en busca de la de la señora Durmaltre.

Al día siguiente se debía verificar una gran cacería en el bosque.

Yo había pretextado un trabajo urgente, para no tomar parte en la diversión. Poco antes del mediodía se reunieron los cazadores en el patio del castillo, donde durante un cuarto de hora sólo se oyó el penetrante sonido de las

trompas, los relinchos de los caballos y los ladridos de la jauría.

Después, esta mezcla tumultuosa se perdió en las alamedas del parque, el ruido se apagó poco á poco y yo quedé dueño de mí y de mi espíritu en un silencio tanto más dulce por ser muy raro en el castillo.

Hacia pocos minutos que gozaba de mi soledad y hojeaba las páginas in folio de la *Neustria pia*, cuando me pareció oír el galope de un caballo que entraba en el patio del castillo.

—Algún cazador que se ha retrasado—pensé.

Y tomando la pluma comencé á copiar del enorme volumen el pasaje referente á los capítulos generales de los benedictinos; pero una nueva y más grave interrupción vino á afligirme: llamaban á la puerta de la biblioteca.

Sacudi la cabeza con rabia, y dije:

—¡Adelante!

Esta palabra la pronuncié con el mismo tono con que hubiera podido decir:

—¡Fuera!

La persona que llamaba, entró.

Pocos minutos antes había visto á la señora de Palma partir al galope á la cabeza de la cabalgata, y no era mucho que me quedara boquiabierto y sorprendido al verla ante mí á distancia de dos pasos.

Llevaba la cabeza descubierta y los cabellos recogidos graciosamente en la nuca: tenía en

una mano la fusta y con la otra sostenía la larga cola de su falda de amazona.

La animación de la carrera que acababa de hacer parecía exagerar la expresión audaz que es habitual á su mirada. Y sin embargo, su voz era menos segura que de ordinario, cuando me dijo:

—¡Usted perdone! Creí que estaba aquí la señora de Malouet.

—Si quiere usted, iré en su busca.

Me había puesto en pie.

—Gracias, gracias... Iré yo misma. Me ha ocurrido un accidente.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Oh! nada, se me ha enganchado el sombrero en una rama y he perdido las plumas.

—¿Las plumas azules?

—Sí... Aquí está usted bien para trabajar.

—Perfectamente; no podía desear cosa mejor.

—¿Tiene usted mucha ocupación en este momento?

—Bastante.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque tenía el pensamiento de suplicarle que viniera al bosque. Los cazadores estarán muy lejos y no me atrevo á ir en su busca sola; por eso pensaba... pero, en fin...

Al balbucear esta explicación, que salía de sus labios algo embrollada, tenía la condesita

un aire socarrón y tímido á la vez que acabó de fortificar el sentimiento de desconfianza que su entrada, aún no justificada, había hecho nacer en mi espíritu.

—Señora—la dije,—tengo un verdadero pesar: toda mi vida lamentaré haber dejado escapar la ocasión encantadora que me ofrece, pero es necesario que en el correo de mañana salga un trabajo que el ministro espera con gran impaciencia.

—¿Tiene usted miedo de que le dejen cesante?

—No tengo miedo á nada, señora.

—En ese caso, debe usted preferirme al ministro: esto me halagará.

—Es imposible.

La condesita adoptó un tono seco.

—Es usted un hombre singular... Estoy deseosa de que se presente una ocasión en que se digne usted ser complaciente conmigo.

—Señora—repliqué con sequedad semejante á la suya,—mi mayor deseo es ser complaciente, pero no tengo ningún interés en que gane usted la apuesta.

Hice esta insinuación al azar, apoyándola en algunos recuerdos y sobre algunos indicios que habrás podido recoger en distintas partes de mi relato. Había puesto el dedo en la llaga.

La señora de Palma enrojeció, balbuceó dos ó tres palabras que no entendí, y saltó de la biblioteca desconcertada y furiosa.

Esta retirada me causó á mi también alguna confusión.

No soy de los que opinan que debemos llevar nuestro respeto al sexo débil hasta someternos neciamente á todos sus caprichos y á todas las empresas que una mujer pueda intentar contra nuestro reposo y nuestra dignidad; pero nuestro derecho de legítima defensa está circunscrito por límites estrechos que tuve miedo de haber franqueado.

Bastaba que la señora de Palma estuviera sola en el mundo, y sin otra protección que la de su sexo, para que me pareciera punible haber cedido inmoderadamente á la irritación que me había causado su impertinente insistencia.

Me atormentaba con estos reproches, cuando llamaron á la puerta suavemente.

Esta vez fué la señora de Malonet quien entró. Estaba emocionada.

—Vamos á ver, ¿qué ha pasado?—dijo.

La referí, sin olvidar ni un detalle, mi entrevista con la señora de Palma, sin callar lo que sobre mi arrepentimiento se me ocurría. Añadí que la conducta de aquella señora respecto á mí era inexplicable, pues en el término de veinticuatro horas me había tomado por objeto de sus excentricidades y sus apuestas, lo que tenía yo por excesiva atención para con un hombre que sólo la pedía una gracia: la de que

no se ocupara de él más que lo que él se ocupaba de ella.

—Entiéndase bien—dijo la marquesa,—que no os reprocho nada. He podido apreciar por mis propios ojos, en los últimos días, vuestra conducta y la suya; pero lo que ocurre es muy desagradable. Ella asegura que la habéis tratado como á una criatura...

—Señora, he repetido á usted textualmente mis palabras.

No le han molestado las palabras, sino el tono con que han sido dichas... Señor G., permítame usted que le hable con franqueza: ¿Tiene usted miedo de enamorarse de la señora de Palma?

—No, señora.

—¿Desea que ella se enamore de usted?

—De ningún modo, se lo aseguro.

—Pues bien, hágame usted un favor: deje por hoy su amor propio á un lado y acompañe al bosque á la condesita.

—¡Señora!

—¿Encuentra usted el consejo singular? Pues debe usted tener la certeza de que se lo doy después de haber reflexionado largamente.

El desdén con que trataba usted á la señora de Palma es la causa de que esa niña voluntariosa y mimada se empeñe en ganar su admiración.

Se irrita contra una resistencia que hasta ahora no había encontrado en ningún hombre.

Tenga usted la humildad necesaria para ceder. Hágalo por mí.

—¿Cree usted formalmente?...

—Pienso—repitió la anciana, riendo,—que en cuanto os vea sujeto á su yugo como los otros, habréis perdido á sus ojos el mérito principal.

—Confieso, señora, que me presenta las cosas bajo un aspecto completamente nuevo. Aseguro á usted que no me ha pasado por el pensamiento atribuir la terquedad de la señora de Palma á un pensamiento que pudiera servir de base á mi glorificación.

—Y ha sido usted razonable—replicó con viveza la anciana;—hasta ahora no hay nada de eso, á Dios gracias; pero hubiera podido llegar, y es usted demasiado galante para desear que se enamorara esa mujer á quien desprecia.

—Me abandono por completo á vuestra dirección; voy á buscar los guantes y el sombrero. Ahora nos falta saber cómo recibirá la señora de Palma mi tardío ofrecimiento.

—Lo recibirá bien, si usted quiere tomarse el trabajo de pensar un poco la manera de ofrecerse.

—Haré cuanto esté en mi mano.

La señora de Malouet me tendió la mano, que yo besé con profundo respeto y marcada gratitud.

Cuando llegué al salón con media bota y espuelas, vi á la señora de Palma que estaba sola,

materialmente hundida en un sillón. Alzó y bajó rápidamente sus enrojecidos ojos.

—Señora—la dije,—estoy tan sinceramente pesaroso de haberla ofendido, que me atrevo á pedir perdón de una grosería imperdonable. Vengo á ponerme á vuestra disposición, y si rehusa usted mi compañía me dará el castigo que merezco, pero me dejará más apesadumbrado que culpable soy ahora.

La señora de Palma, parando más atención en la emoción de mi voz que en mi diplomático discurso, me miró, entreabrió los labios y no dijo nada. Al cabo de un momento me tendió la mano, algo temblorosa, que yo me apresuré á recibir entre las mías. Se sirvió de este punto de apoyo para ponerse en pie y echar á andar hacia el parque.

Algunos minutos después estábamos á caballo y salíamos del castillo.

Recorrimos la alameda principal sin haber cambiado ni una palabra.

Yo sentía profundamente, puedes creerlo, cuán ridículo era este silencio por mi parte, pero como suele ocurrir en las circunstancias en que más imperiosamente pedimos recursos á la elocuencia, estaba atacado de una esterilidad de imaginación irremediable.

Buscaba inútilmente el modo de iniciar la conversación; me dominaban reflexiones tan nuevas como penosas. Me preguntaba hasta qué

punto podían ser fundadas las sospechas de la señora de Malouet, y hasta qué punto habíamos obrado cuerdamente, la marquesa aconsejando y yo obedeciéndole.

Me acordaba de la vivacidad altanera y caprichosa de la joven en todas las ocasiones, y tan abatida y preocupada en aquel momento. Te confieso que estaba enternecido. El abismo que me separa de la condesita subsistía inmenso é infranqueable, pero, yo no sé si me entenderás si digo que aunque la distancia no se había acortado, me parecía que ya no estábamos tan separados.

La señora de Palma, que no podía adivinar mis secretas meditaciones, acabó por hallar insoportable aquel prolongado silencio.

—¿Si galopáramos un poco?—dijo súbitamente.

—Galopemos.

Espoleamos los caballos, y al aumentar la velocidad me pareció que se aliviaban mis tormentos.

Al llegar al camino tortuoso que llega hasta las ruinas tuvimos que poner los caballos al paso, y como ya mi mutismo no tenía excusa, puse empeño en hablar y estaba á punto de decir una vulgaridad, cuando la señora de Palma vino en mi ayuda.

—Se asegura—dijo—que tiene usted mucho talento y gran ingenio.

—Usted misma puede juzgar— repliqué sonriendo:

—Difícilmente hasta ahora, aun dado el caso de que yo fuera capaz de formar juicio... No se excuse usted, sería inútil después de la conversación que casualmente sorprendí el otro día.

—Señora, he cometido tantas torpezas en poco tiempo, que no debe usted esforzarse mucho para explicarse la confusión y el temor que siento yendo á solas con usted.

—Tiene usted formado un concepto detestable de mí, pero creo que no tendrá inconveniente en reconocer que soy una buena mujer.

—Lo reconozco.

—Creo sincera esta afirmación, porque no le juzgo malo, por más de que á mí me ha tratado con crueldad.

—Es cierto.

—Es usted un hombre incomprensible— dijo la condesita con su voz breve y brusca.—¿Por qué me desprecia usted? ¿En qué le he ofendido? ¿Es usted un santo ó un reformador? ¿No ha tenido usted ninguna querida? ¿Es usted más virtuoso que los otros hombres de su edad y su condición? ¿Qué derecho tiene usted para menospreciarme? Dígamelo.

—Señora, si yo tuviera que reprocharme los sentimientos que me supone, respondería que ninguna persona, ni de vuestro sexo ni del mio, suele tomar su propia moralidad por regla de

su opinión y de sus juicios sobre los otros: se vive como se puede y se juzga como se debe. Bien sabe usted que es una inconsecuencia muy general entre los hombres no hacer aprecio de las debilidades que ellos mismos procuran y explotan. Por lo que á mí se refiere procuro defenderme tanto como puedo contra un rigorismo que considero ridiculo para un hombre y censurable para un cristiano... Y en cuanto á esa conversación, que una casualidad deplorable os ha hecho saber, y en la que mis impresiones, como siempre sucede, han excedido en mucho á mi pensamiento, no trataré de disculparme porque constituye una ofensa que no acertaré á borrar; pero cuando menos procuraré explicarosla con mi habitual franqueza. Cada uno tiene sus gustos y su manera peculiar de ver la vida: nosotros nos diferenciamos de tal suerte en este punto, que yo siento hacia usted y usted hacia mí una antipatía extrema que inútilmente procuraríamos disimular. Esta disposición, que por uno de sus aspectos debía ser modificada esencialmente después de una información concienzuda y amplia, me ha impulsado á hacer manifestaciones aventuradas: estoy cierto de que la dureza de mi lenguaje os ha hecho sufrir, pero podéis estar segura de que vuestro tormento es mucho menor del que yo sufro desde que he reconocido la injusticia irremediable y cruel de mi conducta....

Esta apología, más sincera que brillante, no obtuvo contestación.

En aquel momento atravesábamos la iglesia de la abadía y nos encontramos de improviso mezclados á la retaguardia de la cabalgata.

Nuestra aparición provocó un sordo murmullo...

La señora de Palma fué rápidamente rodeada por un grupo de jóvenes que la felicitaban alegremente por que habia ganado la apuesta.

La condesita recibia los parabienes con marcada indiferencia y, sin duda, para librarse de ellos fustigó al caballo y se puso á la cabeza de la cabalgata para penetrar en el bosque.

El marqués me recibió con afabilidad más acentuada que de ordinario, y sin hacer la menor alusión al incidente que me hacia tomar parte contra mi gusto en esta fiesta cinagética, no omitió ninguna atención que pudiera hacerme olvidar el pasajero disgusto.

Al poco tiempo los perros acosaron á un ciervo y yo los seguí con ardor ya aficionado á esta diversión viril.

A cosa de las cuatro regresábamos al castillo.

Cuando atravesábamos el valle, el crepúsculo dibujaba más netamente sobre el cielo la silueta de los árboles y las cimas de las colinas: una sombra melancólica descendía sobre el bosque y escarcha blanquea mojaba la hierba de las praderas, al mismo tiempo que una bruma más es-

pesa señalaba el curso y las revueltas del riachuelo.

Estaba yo absorto en la contemplación de este soberbio espectáculo que me recordaba mejores días, cuando me volvió á la realidad la voz de la señora de Palma, que caminaba á mi lado.

—Después de haberlo meditado—dijo con su brusquedad de costumbre,—veo que menosprecia usted mi ignorancia y mi falta de ingenio mucho más que mi pretendida ligereza de costumbres... Concede usted menos importancia á la virtud que al talento... ¿Es cierto?

—No, señora, no es cierto,—respondí sonriendo;—esta vez no ha acertado usted. Ante todo debe ser retirada la palabra menospreciar, que ha pronunciado usted sin razón alguna.

—¿Y una vez retirada?...

—Añadiré que no la creo á usted ignorante y mucho menos falta de ingenio... Además, yo no creo que haya nada sobre la virtud, cuando la virtud existe, cosa que va á ser preciso ir poniendo en duda. Ahora me toca agregar que me sorprende tanto como me disgusta la importancia que quiere usted conceder á mi manera particularísima de ver las cosas... El secreto de mis predilecciones y de mis antipatías es muy sencillo: tengo, como ya creo haber dicho, el más religioso respeto á la virtud, pero la mía se limita á un sentimiento profundo de algunos deberes esenciales que practico lo mejor que

puedo. No debo, por tanto, exigir más á los otros... Respecto al talento, confieso que le concedo gran importancia, y la vida me parece cosa demasiado seria para ser tratada á puntaplés. Además, las producciones de la inteligencia, las obras del arte en particular, son objeto de mis preocupaciones, y es natural, por consiguiente, que encuentre placer en hablar de esto que tanto me interesa. Eso es todo.

—¿Es necesario tener siempre en la boca los éxtasis del alma, los cementerios y la Venus de Milo, para aparecer á vuestros ojos como una mujer formal y una mujer de gusto?... En ese caso tiene usted razón; no hablo nunca de estas cosas. Si me dedicara á pensar en ellas un solo minuto, acabaría por volverme loca... ¿En qué pensaba usted cuando habitaba en la celda del convento?

—He pensado mucho en usted—dijo riendo,— en la noche del inolvidable día en que usted me persiguió con tanto encarnizamiento y yo la maldije con todo mi corazón.

—Eso se comprende.

La condesita rióse de buena gana y luego dijo:

—¡Qué hermoso valle! ¡Qué tarde tan encantadora!... ¿Y ahora me sigue usted maldiciendo?

—Ahora quisiera con toda mi alma poder hacer algo que os asegurara la dicha.

—Y yo la vuestra—dijo sencillamente,

Hice una inclinación respetuosa y caminamos durante algunos minutos sin conversar.

—Si yo fuera hombre—dijo de repente la condesita,—me haría ermitaño.

—¡Qué locura!

—¿No os admira este pensamiento?

—No, señora.

—Tendrá usted que acabar por confesar que no le admira nada de lo que á mi se refiere. Me cree usted capaz de todo, de todo, tal vez hasta de enamorarme de usted.

—¿Por qué no? Cosas más raras han sucedido. Yo la amo á usted y pudiera darse el caso de que se empeñara usted en seguir mi ejemplo.

—¿Me permitirá usted que lo reflexione?

—Si no necesita mucho tiempo...

—El tiempo que sea necesario... Entre tanto seremos buenos amigos.

—Si somos amigos, no hay nada más que esperar—dijo ofreciendo francamente mi mano á la condesita.

Noté que la estrechaba con alguna reserva y dimos por acabada la conversación.

Habíamos subido á la cima de la colina y la noche comenzaba á caer.

Cuando dos horas después salía de mi habitación del castillo para bajar al comedor, encontré á la señora de Malouet en el vestíbulo.

—¿Qué tal?—me dijo riendo.—¿Ha cumplido usted lo que me había ofrecido?

—Religiosamente, señora.

—¿Se ha mostrado usted sumiso?

—Sí, señora.

—Perfectamente; ella está tranquila y usted también.

—Así sea —dije yo.

La noche pasó sin que ocurriera ningún incidente digno de ser referido. Yo hallé placer en hacer á la señora de Palma algunos servicios que ella no me había pedido. La condesita dejó de bailar dos ó tres veces para bromear conmigo, y cuando sali del salón me siguió hasta la puerta con los ojos, para despedirme con una mirada sonriente y cordial.

Ahora te suplico, amigo Pablo, que te dediques á entresacar el verdadero sentido y la moraleja de esta historia. Tal vez juzgues, y así lo deseo, que sólo una imaginación quimérica puede dar proporciones de acontecimiento á este episodio vulgar de la vida; pero si quieres encontrar en los hechos que te llevo referidos el menor germen de un peligro, el menor elemento de una complicación seria, dímelo: en este caso rompo con todo y olvidándome de que mi trabajo me fuerza á estar aquí diez ó doce días más, dejo el castillo y vuelvo á París.

No amo á la señora de Palma; no puedo ni quiero amarla. Sin embargo, la opinión que sobre ella tenía formada se ha modificado esencialmente.

Desde ahora la miro como una buena muchacha.

Su cabeza es ligera y lo será siempre; su conducta es mejor de lo que creen los demás, tal vez mejor de lo que ella misma supone; en fin, su corazón es sano. Siento hacia ella sincera amistad que tiene algo de paternal, pero que no pasará de esto.

La sola idea de que pudiera ser su marido me hace reír, y por un sentimiento que tú apreciarás, la idea de ser su amante me causa horror.

En cuanto á ella, la creo dominada por la sombra de un capricho, pero muy lejos de la pasión.

Ahora ya no soy su enemigo y creo con la señora de Malouet que esto le bastará. Sin embargo, deseo conocer tu opinión. Creo necesario recordarte, Pablo, al terminar esta consulta, á la que precede un relato con ciertos pasajes que exhalan un perfume sospechoso, creo necesario, digo, recordarte, amigo mío, que no soy un fatuo.

Te he dicho la verdad.

La fatuidad no consiste, tal es mi opinión, en creer que una mujer te estreche la mano cuando en realidad te la estruja, sino en hallar punto de apoyo para la vanidad en un hecho tan frecuente, no reservado para premiar el mérito verdadero.

Siempre recuerdo al comediante de la legna achacoso, ensoberbecido y necio, que me refería que una mujer encantadora le decía una noche: «¡Oh, tú no eres un hombre, sino un dios!» El más feo de los mortales es nuestro amigo G., del Instituto, y, sin embargo, ha tenido también el placer, una vez en su vida, de que una boca de mujer le dijera que es hermoso como un ángel. Siempre ha ocurrido lo mismo, y por eso, siempre, fatuo ha sido sinónimo de tonto. No hay ciego que deje de encontrar un perro que le siga.

Buenas noches.

VII

7 Octubre.

Querido Pablo: tomo parte con todo mi corazón en tus pesares; pero habrás de permitirme que, juzgando por lo que en tu carta me aseguras, te diga que la enfermedad de tu excelente madre no ofrece ningún síntoma inquietante. Es una de esas crisis dolorosas, pero sin peligro, que la proximidad del invierno recrudece casi invariablemente todos los años. Ten paciencia y el valor que necesitas.

Necesaria ha sido la expresión formal de tu deseo para que ose mezclar mis pequeñas miserias con tus serias preocupaciones.

Como te han hecho prever tu buen juicio y tu amistad, cuando recibí tu carta tenía más necesidad de consuelos que de advertencias.

No tengo el corazón tranquilo y, lo que es aún peor para mí, no estoy tampoco seguro de la tranquilidad de mi conciencia.

Sin embargo, creo haber hecho lo que el deber me dictaba. ¿He acertado? Tú juzgarás. No puedes figurarte, amigo mío, la envidia estúpida con que muchas veces veo á muchos ceder sin escrúpulo, sin luchar y por el puro espíritu de la brutalidad, yendo resueltamente hacia lo que les agrada ó huyendo de todo lo que les repugna.

¡Cuánto tormento da la conciencia á un alma naturalmente buena que no va guiada por principios ciertos ni sostenida por una fe positiva!

Vuelvo á tomar mi relato en el punto en que lo dejé interrumpido.

El día siguiente al de nuestra explicación puse exquisito cuidado en mantener nuestras relaciones amistosas, que en mi opinión era el único género de inteligencia posible entre nosotros.

Me pareció que la condesita se mostraba animada de la misma vivacidad que de ordinario; únicamente creí notar que su mirada y su voz, cuando hablaba conmigo, tomaban cierta dulzura impropia de esta loquilla.

Siempre recuerdo al comediante de la legna achacoso, ensoberbecido y necio, que me refería que una mujer encantadora le decía una noche: «¡Oh, tú no eres un hombre, sino un dios!» El más feo de los mortales es nuestro amigo G., del Instituto, y, sin embargo, ha tenido también el placer, una vez en su vida, de que una boca de mujer le dijera que es hermoso como un ángel. Siempre ha ocurrido lo mismo, y por eso, siempre, fatuo ha sido sinónimo de tonto. No hay ciego que deje de encontrar un perro que le siga.

Buenas noches.

VII

7 Octubre.

Querido Pablo: tomo parte con todo mi corazón en tus pesares; pero habrás de permitirme que, juzgando por lo que en tu carta me aseguras, te diga que la enfermedad de tu excelente madre no ofrece ningún síntoma inquietante. Es una de esas crisis dolorosas, pero sin peligro, que la proximidad del invierno recrudece casi invariablemente todos los años. Ten paciencia y el valor que necesitas.

Necesaria ha sido la expresión formal de tu deseo para que ose mezclar mis pequeñas miserias con tus serias preocupaciones.

Como te han hecho prever tu buen juicio y tu amistad, cuando recibí tu carta tenía más necesidad de consuelos que de advertencias.

No tengo el corazón tranquilo y, lo que es aún peor para mí, no estoy tampoco seguro de la tranquilidad de mi conciencia.

Sin embargo, creo haber hecho lo que el deber me dictaba. ¿He acertado? Tú juzgarás. No puedes figurarte, amigo mío, la envidia estúpida con que muchas veces veo á muchos ceder sin escrúpulo, sin luchar y por el puro espíritu de la brutalidad, yendo resueltamente hacia lo que les agrada ó huyendo de todo lo que les repugna.

¡Cuánto tormento da la conciencia á un alma naturalmente buena que no va guiada por principios ciertos ni sostenida por una fe positiva!

Vuelvo á tomar mi relato en el punto en que lo dejé interrumpido.

El día siguiente al de nuestra explicación puse exquisito cuidado en mantener nuestras relaciones amistosas, que en mi opinión era el único género de inteligencia posible entre nosotros.

Me pareció que la condesita se mostraba animada de la misma vivacidad que de ordinario; únicamente creí notar que su mirada y su voz, cuando hablaba conmigo, tomaban cierta dulzura impropia de esta loquilla.

En los días siguientes, y aunque yo no me había apartado de la línea de conducta que me había trazado, comprendí, sin gran esfuerzo, que la señora de Palma se mostraba menos alegre y observé que una vaga preocupación alteraba la serenidad de su frente.

La vi admirar á sus compañeros de baile con sus distracciones: seguía metida en el torbellino, pero no lo dirigía.

Pretextaba bruscamente gran fatiga al comenzar un vals, y dejando, sin ninguna ceremonia, el brazo de su pareja, iba á sentarse en cualquier rincón con aire triston y pensativo.

Si había un sillón vacío cerca del mío, se sentaba en él, y á través de las varillas de su abanico daba comienzo á una conversaci6n por el estilo, de la que quiero reproducir para que juzgues.

—Si no puedo hacerme ermitaña, puedo en cambio hacerme religiosa... ¿Qué diría usted si me viera entrar mañana en un convento?

—Diría que pasado mañana saldría usted.

—¿No tiene usted confianza en mis resoluciones?

—Cuando son alocadas, no.

—Según usted, yo no puedo concebir más que locuras.

—Creo que baila usted maravillosamente. Bailar de ese modo es hacer arte.

—¿Se burla usted?

—Nunca digo unapalabra que no sea la expresi6n más seria de mi pensamiento. Soy un hombre formal.

—Especialmente conmigo. Muchas veces pienso que se ha propuesto usted hacerme aborrecer la risa, tanto como hasta aquí la he amado.

—No entiendo lo que quiere usted significar.

—¿Qué le parezco á usted esta noche?

—Encantadora.

—Eso es demasiado. Sé que no soy hermosa.

—No digo que sea usted hermosa, pero es usted muy graciosa.

—Eso debe de ser cierto. La viuda de Malabar es verdaderamente hermosa.

—Sí, quisiera verla en la hoguera con menos ropa de la que lleva cuando viene al castillo.

—¿Para meterse con ella entre las llamas?

—Precisamente.

—¿Cuándo regresa usted á París?

—La semana próxima.

—Irá usted á verme este invierno.

—Si usted me lo permite...

—No.

—¿Y por qué?

—Entre otras razones, porque me parece que no regresaré á París.

—Es una razón de peso. ¿Y dónde irá usted?

—Lo ignoro. ¿Quiere usted que vayamos los dos á hacer un viaje á pie?

—¡Andando!

Y así sucesivamente. No quiero fatigarte con los detalles de una docena de diálogos semejantes, que la señora de Palma inicia hace cuatro días con afán más que manifiesto.

Ya es innegable su deseo creciente de imprimir á nuestras conversaciones un carácter más íntimo. Al propio tiempo, aumenta mi obstinación para impedir los avances con que ella sueña.

Varias veces se ha percatado de este mi empeño y suele decir, riendo, que nadie podía pensar que en esta ocasión fuese yo el enamorado defensor de la futilidad social.

No era posible que mis entrevistas frecuentes con la condesita pasaran inadvertidas á los envidiosos que siguen todos mis pasos.

No dejó de comprender la señora de Palma el enojo que me causaba la atención curiosa de que por su causa era yo objeto.

—Os comprometo—me decía muchas veces,—me voy.

Yo protestaba tímidamente, pero, en realidad, no hacía nada por retenerla; me limitaba á procurar su alejamiento, pero cuidando de no decir ni hacer nada que pudiera herirla en su amor propio. Ahora comprendo que mi conducta no debió de ser acertada, puesto que no he podido sacar de ella el resultado que deseaba.

Voy á comenzar el relato de la escena que debía poner fin á esta lucha fatigosa.

Para despedir á su hija, los marqueses de Malouet daban ayer un baile de gala, al cual habían sido invitados todos los conocidos de diez leguas á la redonda.

Al dar las diez estaba llena de gente la vasta sala del piso bajo del castillo, donde se confundían, en mezcla deslumbradora, todas las *toilettes*, las flores, las luces y los colores.

Iba á entrar en el salón cuando me encontré con la señora de Malouet, que manifestó deseos de hablarme confidencialmente.

—Esto va mal, amigo mío—me dijo.

—¿Qué hay de nuevo?

—No lo sé, pero vigilo. Repito que esto no va bien... He puesto en usted gran confianza y estoy segura de que sós digno de ella. ¿No es cierto?

Su voz era temblona y débil y su mirada humilde.

—Señora, puede usted estar segura. Debía haberme marchado hace ocho días.

—¿Quién pudiera pensar lo que sucede?... ¡Silencio!

Volví la cabeza y encontré á la señora de Palma, que salía del salón por entre una doble hilera de hombres que se separaban con esa especie de terror que inspira generalmente á nuestro sexo la suprema elegancia de una mujer espiritual.

Era la primera vez que la señora de Palma

me pareció hermosa: una expresión extraña que hasta entonces no había visto, una viva exaltación en sus ojos de reina avasalladora, en una palabra, su rostro estaba transfigurado.

—¿Me encuentra usted bien?—me preguntó.

Me complació en testimoniarla con palabras un asentimiento que seguramente ya había adivinado con su mirada penetrante de mujer.

—Le buscaba á usted—añadió,—para acompañarle á la estufa: es una verdadera maravilla. Venga usted.

Me asió por el brazo y nos dirigimos á la puerta de la estufa que se abría en el otro extremo del salón, extendiéndose hasta el parque. Mientras admirábamos el efecto de los girasoles que destacaban entre olorosas plantas exóticas, como la constelación brillante de otro hemisferio, varios caballeros fueron á solicitar, para el vals, la mano de la señora de Palma: ella se negó cortésmente á aceptar, á pesar de mi abnegación, que me llevó á unir mis súplicas á la de los que la pedían.

—Nuestros papeles están un poco cambiados—me dijo.—Yo procuro estar á su lado, al mismo tiempo que usted hace cuanto puede por alejarme.

—¡Dios me libre! pero temo que por ser complaciente conmigo se prive usted de un placer que ama.

—No se disculpe; estoy bien cierta de que yo

le busco y que usted huye. Esto es un absurdo á los ojos de los que lo ven, pero no me importa. Esta noche, cuando menos, he de divertirme como me plazca. Le prohibo que haga nada para aminorar mi dicha. Soy verdaderamente feliz. Tengo todo lo que deseo: flores hermosas, buena música y un buen amigo asido á mi brazo. Mi única preocupación, y este es el punto negro de mi cielo azul, es que estoy más segura de la música y de las flores que del amigo.

—¿Y esto os martiriza mucho.

—Explíqueme usted su conducta de una vez. ¿Por qué no quiere usted nunca hablar seriamente conmigo? ¿por qué rehusa obstinadamente decirme una sola palabra que sea prueba de confianza, de intimidad, de amistad verdadera.

—Discutamos eso, si quiere, pero piense que puede llevarnos lejos la conversación.

—¿Y eso qué importa? que nos lleve donde quiera. ¡Tiene gracia ver que se preocupa usted de las consecuencias siempre mucho más que yo!

—Veamos, ¿qué pensaría usted de mí si yo la hiciese el amor?

—No le pido á usted que me haga el amor—replicó la condesita vivamente.

—Bien lo sé; pero es el camino que toma invariablemente mi lenguaje en cuanto le aparto del de las frivolidades... Confiese usted que hay un hombre en la tierra que no podría hacerle la

corte sin verse herido por un desprecio, y que ese hombre soy yo. No quiero decir que me satisfaga tener esta convicción, pero desde el momento que lo sé, razonable es que lo diga, ya que se presenta la ocasión.

—Es cierto.

—Señora, es una confesión demasiado atrevida.

Movió la cabeza indicando duda, y agregó después de un momento de silencio:

—Estoy pensando que acaba usted de hablarme como á una mujer perdida.

—¡Señora!

—Lo repito. Usted cree que sólo puedo suponer, al ver á un hombre que me hace la corte, que su única intención es tenerme por querida. Eso sólo puede pensarlo una perdida, y yo no lo soy. Dios me conoce y á El me encomiendo con más frecuencia de lo que usted supone, seguramente. El me ha preservado de obrar mal hasta ahora y confío en que seguirá preservándome; pero es esta una cosa que no depende de El solamente...

Se detuvo un momento y añadió con firmeza

—Usted puede hacer mucho para evitarlo.

—¿Yo, señora?

—Le he dejado tomar, no sé cómo... no, no lo sé... gran dominio sobre mi destino. ¿Hará usted bueno ó mal uso? Eso es lo que resta averiguar.

—Y con qué título... en calidad de qué podría yo autorizar ó impedir vuestros deseos?— pregunté con lentitud.

¡Ah!—exclamó con acento sordo y enérgico,— ¿usted me pregunta eso?... ¡Eso es demasiado duro! ¡Me humilla usted demasiado!

Soltó bruscamente mi brazo y entró en el salón.

Estuve durante algún tiempo sin saber qué partido tomar.

Pensé primero seguir á la señora de Palma y hacerla comprender que se había hecho muy poco favor—como era verdad—al medir el alcance de mis palabras. Había aparentemente aplicado mi respuesta á alguna idea que la dominaba y que yo no conocía, puesto que sus palabras me habían revelado mucho menos que lo que ella se imaginaba seguramente.

Después de haberlo reflexionado, desistí de entrar en nuevas explicaciones.

Creí preferible quedar bajo el golpe de las más tremendas acusaciones, y dovorar en silencio la amargura de que esta escena me había llenado el corazón.

Sali de la estufa y me dirigí á los jardines, para escapar del bullicio del baile.

La noche era fría, pero hermosa. Un instinto doloroso me alejaba de la zona luminosa que proyectaba alrededor del castillo el salón resplandeciente.

Me dirigí á un punto sombrío que separa el jardín del parque. Me perdía cabizbajo en la negra alameda, cuando una mano tocó mi brazo y me detuvo; al mismo tiempo una voz turbada, que no pude en aquel instante reconocer, me dijo:

— Necesito hablarle á usted.

— Señora, ¡por favor! ¡en el nombre del cielo! ¿qué hace usted?... ¿no comprende que busca su perdición?... Vuelva usted al salón, yo la acompañaré, ¡vamos!

Quise asirla por el brazo y se apartó.

— Necesito hablarle á usted... estoy decidida... Usted me juzgará una miserable criatura, ¿no es cierto? Y, sin embargo, no lo soy, se lo aseguro... ¡Usted es el primer hombre por quien yo he olvidado... todo lo que he olvidado... Sí, el primero... Ningún hombre había oído de mí boca una palabra de afecto... ¡y usted me juzga mal y no me cree!

Cogí sus dos manos entre las mías.

— La creo á usted, se lo juro... Al mismo tiempo la juro que la quiero y la respeto como una hija... Pero obedézcame y no ponga en tela de juicio su buen nombre; vuelva al salón, donde dentro de un momento iré á buscarla, se lo prometo.

La infeliz muchacha rompió en abundante llanto y noté que su cuerpo vacilaba; la sostuve y la obligué á sentarse en un banco.

Me mantuve en pie, á su lado, aprisionando una de sus manos entre las mías.

La obscuridad era completa; yo escuchaba con vago estupor los sollozos convulsivos que salían del pecho de la condesita, y oía, á mi pesar, el odioso ruido de la fiesta que la orquesta nos enviaba por intervalos.

Fué uno de esos instantes cuyo recuerdo dura tanto como la vida.

Al cabo de unos minutos se rehizo y pareció recobrar todos sus bríos.

— Caballero—me dijo levantándose y retirando su mano,—no se inquiete usted por mi reputación.

Mis amigos están acostumbrados á mis locuras. Además, he tomado mis medidas para que la locura de hoy no llame más la atención que las otras. Si me he equivocado, poco me importa; usted es el único hombre cuyo cariño he deseado y el único también que me desprecia... Esto es muy cruel... Quiero convencerle de que no soy merecedora de su desdén.

— ¡Señora!

— Escúcheme. ¡Quiera Dios que consiga convencerle!... Desde la primera vez que me miró usted, el día en que le encontré dibujando en la iglesia de la abadía, le pertenezco... No he amado, no amaré nunca á otro hombre. ¿Quiere usted que sea su mujer? Soy digna, se lo juro ante el cielo que nos protege.

—Querida señora, querida niña... su bondad... su cariño, me enternecen hasta el fondo del alma... ¡Por favor, un poco de calma... déjeme usted un momento de meditación!

—Si le habla á usted el corazón, escúchele... La razón es mal juez, en estos asuntos... ¡Ay! Comprendo que duda usted todavía de mí, de mi pasado... ¡Dios mío! ¡esa opinión de la gente, que yo he despreciado, que he pisoteado sin piedad, ¡cómo se venga de mí! ¡cómo me mata!

—No, señora, se engaña usted, ¿pero qué podrá ofrecerla en cambio de todo lo que quiere usted sacrificar... de las costumbres, de los gustos, de los placeres, de toda la vida?

—Esta vida me causa horror. ¿Cree usted que volveré á ser la mujer loca que usted ha conocido? Sí, lo cree usted. ¿Y cómo puedo impedir que usted lo crea? Sin embargo, estoy cierta de que no le daré á usted ese pesar, ni ningún otro. ¡Jamás! En sus ojos he leído un mundo nuevo que desconocía, un mundo más digno, más elevado del que yo no había tenido la menor idea... y fuera del cual ya no sabría vivir... En mis palabras debe adivinar que le digo sinceramente todo lo que siento.

—Sí, señora, usted me dice la verdad. La verdad de este momento... de un momento de fiebre y exaltación... pero ese mundo nuevo que adivina vagamente, ese mundo ideal, al cual quiere pedir un refugio eterno contra al-

gunos pesares pasajeros, no le dará nunca lo que en apariencia promete... ¡la decepción, el desengaño, la desdicha aguardan en él... y no á usted sola. No sé si existe un hombre de tan noble corazón, de alma tan bella, para hacerla que ame la existencia nueva con que sueña, para conservar en la realidad el carácter casi divino con que su pensamiento lo imagina; pero sé que si yo aceptara sería un loco y un miserable.

—¿Es esa su última determinación? ¿La reflexión no la alteraría en nada?

—En nada.

—Entonces, adiós... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!... ¡adiós!

Y tomó mi mano para estrecharla convulsivamente; después se alejó.

Quando desaparecía me senté en el banco donde ella había estado. Allí, mi pobre Pablo, me abandonaron las fuerzas. Oculté mi cabeza entre las manos y lloré como un niño. Por fortuna, no volvió.

Tuve necesidad de hacer un supremo esfuerzo para reaparecer por un momento en el baile. Nada indicaba que se hubiera notado mi ausencia. La señora de Palma bailaba con alegría, que tenía mucho de delirio.

Pasamos á la sala donde estaba servida la cena, y aproveché el tumulto para retirarme.

En la mañana siguiente solicité una entre-

vista de la señora de Malouet. Creí que debía hacerla una confidencia. Ella la recibió con profunda tristeza, pero sin sorpresa alguna.

—Esperaba—me dijo—algo por el estilo... he pasado la noche en vela... creo que ha obrado usted como un hombre prudente y de honor. Sin embargo, vuestro comportamiento ha sido duro. La vida tiene de detestable que crea caracteres y pasiones falsos, situaciones imprevisas que complican la práctica del deber y oscurecen la vía del derecho... y ahora quiere usted marcharse, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Sea, pero quédese usted aún dos ó tres días. Marchándose ahora daría á su partida apariencias de fuga, que, después de lo ocurrido, tendría tanto de ridículo como de injurioso. Es un sacrificio que le pido. Hoy debemos comer todos en casa de la señora de Breully: yo me encargo de excusarle. De este modo tendrá que hacer esta violencia menos. Mañana haremos lo que nos parezca mejor. Pasado mañana puede usted partir.

He aceptado la proposición. Hasta muy pronto, querido Pablo... Me veo solo y abandonado y tengo necesidad de estrechar tu mano leal y oír que me dices: ¡Has obrado bien!

VIII

10 Octubre. Del Rosel.

He vuelto á mi celda, amigo mío... ¿por qué la dejé? Nunca hombre alguno ha sentido golpear entre estas frías paredes un corazón más turbado que mi miserable corazón. ¡Ah! ¡no quiere maldecir nuestra pobre raza, nuestra prudencia, nuestra moral, nuestra filosofía humanas! ¿Acaso no es esto lo único noble y bueno que nos queda? ¡Pero, Dios mío, qué poco es todo esto!

Escucha un triste relato:

Ayer, gracias á la señora de Malouet, quedé solo en el castillo; todo el día estuve tranquilo, todo lo tranquilo que yo puedo estar. A media noche oí regresar los coches, y al cabo de un momento había cesado el ruido. Debían de ser las tres de la madrugada cuando fui sacado del aletargamiento febril, que ha sustituido en mí al sueño, por el ruido muy próximo de una puerta que parecía abrirse ó cerrarse con precaución. No sé por qué extraña y súbita concatenación de ideas, un incidente tan ordinario llamó mi atención y agitó mi espíritu. Me alcé bruscamente del sillón en que dormitaba y me

vista de la señora de Malouet. Creí que debía hacerla una confidencia. Ella la recibió con profunda tristeza, pero sin sorpresa alguna.

—Esperaba—me dijo—algo por el estilo... he pasado la noche en vela... creo que ha obrado usted como un hombre prudente y de honor. Sin embargo, vuestro comportamiento ha sido duro. La vida tiene de detestable que crea caracteres y pasiones falsos, situaciones imprevisas que complican la práctica del deber y oscurecen la vía del derecho... y ahora quiere usted marcharse, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Sea, pero quédese usted aún dos ó tres días. Marchándose ahora daría á su partida apariencias de fuga, que, después de lo ocurrido, tendría tanto de ridículo como de injurioso. Es un sacrificio que le pido. Hoy debemos comer todos en casa de la señora de Breully: yo me encargo de excusarle. De este modo tendrá que hacer esta violencia menos. Mañana haremos lo que nos parezca mejor. Pasado mañana puede usted partir.

He aceptado la proposición. Hasta muy pronto, querido Pablo... Me veo solo y abandonado y tengo necesidad de estrechar tu mano leal y oír que me dices: ¡Has obrado bien!

VIII

10 Octubre. Del Rosel.

He vuelto á mi celda, amigo mío... ¿por qué la dejé? Nunca hombre alguno ha sentido golpear entre estas frías paredes un corazón más turbado que mi miserable corazón. ¡Ah! ¡no quiere maldecir nuestra pobre raza, nuestra prudencia, nuestra moral, nuestra filosofía humanas! ¿Acaso no es esto lo único noble y bueno que nos queda? ¡Pero, Dios mío, qué poco es todo esto!

Escucha un triste relato:

Ayer, gracias á la señora de Malouet, quedé solo en el castillo; todo el día estuve tranquilo, todo lo tranquilo que yo puedo estar. A media noche oí regresar los coches, y al cabo de un momento había cesado el ruido. Debían de ser las tres de la madrugada cuando fui sacado del aletargamiento febril, que ha sustituido en mí al sueño, por el ruido muy próximo de una puerta que parecía abrirse ó cerrarse con precaución. No sé por qué extraña y súbita concatenación de ideas, un incidente tan ordinario llamó mi atención y agitó mi espíritu. Me alcé bruscamente del sillón en que dormitaba y me

aproximé á un balcón: ví claramente un hombre que se alejaba con precaución hacia la alameda. Me fué fácil deducir que la puerta que se había abierto era la que da acceso al ala del castillo, contigua á la biblioteca. Esta parte de la habitación contiene varios apartamientos dedicados á los huéspedes de paso; sabía que estaban todos vacíos aquella noche, á no ser que la señora de Palma, como con frecuencia ocurría, hubiera ocupado el pabellón que siempre se le destinaba.

Adivinarás el extraño pensamiento que cruzó por mi cerebro. Pronto lo deseché como una espantosa locura, pero volvía con insistencia á atormentarme y acabé por acogerlo con una especie de irónico cinismo.

La primera claridad del alba me sorprendió entregado á estas angustias mentales, evocando mis recuerdos, examinando puerilmente las circunstancias más minuciosas que podían servir para confirmar y destruir mis sospechas.

Al cabo de dos horas me ví más dueño de mi razón. No pude dudar de que había visto al hombre que caminaba con precaución; pero me pareció que había interpretado locamente mi visión y que mi espíritu enfermo había dado al hecho la explicación menos verosímil. Suponiendo que mis presentimientos pudieran ser justificados, tenía motivos para sentir el alma profundamente entristecida ante un testimonio

tan doloroso y tan imprudente de la perversidad del corazón femenino; pero, en realidad, había perdido el derecho de mostrarme ofendido: el más vulgar sentimiento de dignidad me forzaba á ser indiferente, al menos en apariencia. Si cabía en lo posible que se hubiera buscado contra mí una venganza de tal naturaleza, no se adivinaria en mi rostro el efecto con ella logrado. En cuanto á mi sufrimiento, me consolaba pensando que mi partida y mi alejamiento lo desvanecería rápidamente.

Sali de mi habitación á las diez y media, según costumbre.

La señora de Palma estaba en el salón: era, por tanto, indudable que había pasado la noche en el castillo. Sin embargo, me bastó con verla para que diere por infundadas hasta las sombras de mis sospechas.

Hablaba tranquilamente en el centro de un grupo. Me saludó con su dulce sonrisa habitual. Me sentí aliviado de un peso inmenso. Nunca mi corazón había rendido á aquella mujer un homenaje más tierno y más sincero.

La tarde debía ser consagrada á un paseo á caballo por la orilla del mar.

En la efusión de corazón que sucedía á la ansiedad de la noche, cedi gustoso á las intancias del señor de Malonet que, con pretexto de mi próxima partida, se obstinaba en que formara parte en esta excursión.

La cabalgata formada, según costumbre, por la gente joven que visitaba el castillo, se puso en marcha á las dos de la tarde.

Camnamos alegremente durante algunos minutos, y no era yo el menos jovial, cuando la señora de Palma vino súbitamente á colocarse á mi lado.

—He cometido una falta—me dijo,—he cumplido mi palabra... sufro mucho.

La miré: la expresión inefable de su rostro me llenó de espanto.

—Sí—añadió con voz cuyo acento no olvidaré jamás,—usted lo ha querido... soy una mujer perdida.

Seguidamente espolé á su caballo y se alejó dejándome aterrado bajo este golpe, tanto más sensible porque yo había dejado de tener miedo y se me descargaba con un refinamiento que no había podido prever.

No había habido, en efecto, en la voz de la desgraciada mujer, ni un asomo de insolencia: era la voz de una desesperada, un grito de dolor sincero y de tímido reproche, cuanto se podía añadir á mi alma para completar su tortura.

Cuando me encontré con fuerzas para mirar á mi alrededor, quedé asombrado de mi ceguera.

Entre los cortejadores más asiduos de la señora de Palma, figuraba un señor de Mauterne, cuyo alejamiento de mí, aunque contenido en

los límites de la cortesía, revestía un carácter casi hostil.

El señor de Mauterne es un hombre de mi edad, robusto, rubio, de elegancia más sólida que distinguida, de belleza regular, pero algo presuntuosa. Conoce el mundo, pero carece en absoluto de ingenio. Su aspecto y su conducta, desde que comenzó este fatal paseo, me hubieran llamado la atención si yo hubiera podido pensar que se creía con derecho á no tolerar en adelante ninguna rivalidad respecto á la señora de Palma.

Tomaba resueltamente el primer papel en todas las escenas en que se hallaba mezclada; la colmaba de cuidados con petulancia manifiesta: procuraba hablarla en voz baja y no desperdiciaba ocasión para ponernos á todos al corriente del secreto de su favor.

No podré decirte, amigo mío, el caos de emociones y pensamientos que se confundían en mí. El sentimiento que me dominaba con mayor violencia, sin duda, era el de mi odio contra este hombre, un odio implacable, un odio eterno.

Yo estaba más disgustado que sorprendido de que la señora de Palma le hubiera elegido á él; era el primero que había tenido á mano y le tomaba con una especie de indiferencia y de desdén, como se toma un arma suicida cuando el suicida está decidido.

Mis sentimientos respecto á ella los habrás adivinado, sin duda: ninguna apariencia de cólera, un afecto triste, compasión sincera, remordimiento vago, y dominando todo esto un disgusto apasionado, furioso.

Por fin sabía cuánto la había amado. Ya apenas tenían fuerza las razones que dos días antes se me antojaban tan fuertes, tan imperiosas, y que me parecía que levantaban entre ella y yo una barrera infranqueable.

Todos estos obstáculos del pasado desaparecían ante el abismo presente, que se me aparecía como el único real, el único imposible de salvar, el único que existía. ¡Cosa extraña! Yo veía claramente, con la misma claridad que se ve el sol, que el imposible, lo irreparable, estaba allí y no podía aceptarlo... no podía resignarme. Veía á esta mujer perdida por mí de modo tan irrevocable como si la tumba se hubiera cerrado bajo su féretro y no podía renunciar á ella.

Mi espíritu se perdía locamente en proyectos, en resoluciones; quería buscar querrela al señor de Mauterne, forzándole á batirse inmediatamente... Comprendía que le hubiera destrozado.

Después pensaba en huir con ella, hacerla mi esposa, tomarla deshonrada después de haberla rechazado pura... ¡Sí, he tenido este deseo de mente!

Para apartarle de mi pensamiento he tenido que repetirme cien veces que el pesar y la desesperación eran los únicos frutos posibles que podía dar esta unión de una mano infamada y de una mano sangrienta... ¡Ah, Pablo, cuánto he sufrido!

La señora del Palma dió, durante todo el paseo, pruebas de una excitación febril que trataba de disimular haciendo constantemente arriesgadas proezas de equitación.

Por intervalos llegaban á mis oídos sus carcajadas nerviosas, que á mí se me antojaban lamentos desgarradores.

Sólo una vez volvió á dirigirme la palabra en un momento que pasó á mi lado.

—Le causo horror, ¿verdad? —me dijo.

Moví la cabeza y bajé los ojos sin responder. Volvimos al castillo poco después de las cuatro.

Subía á mi habitación, cuando un tumulto confuso de voces, gritos y pasos precipitados que resonaban en el vestíbulo, me helaron el corazón.

Bajé muy precipitadamente y traté de informarme.

Se me dijo que la señora de Palma sufría un violento ataque nervioso. Se la había llevado al salón.

Al acercarme oí la voz dulce y grave de la señora de Malouet, á la que se mezclaba una es-

pecie de quejido muy semejante á los lamentos de un niño enfermo.

Me alejé con celeridad de aquella puerta.

Estaba decidido á dejar sin pérdida de momento aquella casa donde se había alojado la desgracia.

Nada tendría fuerza para retenerme allí un sólo segundo.

Tu carta, que se me entregó al regresar del paseo, me serviría para pretextar mi partida improvisada. Todos tienen ya conocimiento de la amistad que nos une: he dicho que me necesitabas antes de que pasaran veinticuatro horas.

A prevención de lo que pudiera ocurrir, había tenido el cuidado, en los tres últimos días, de hacer que viniera un coche de la aldea más próxima.

En pocos minutos terminé mis preparativos; ordené al cochero que fuera á esperarme al extremo de la alameda, mientras iba á despedirme.

Me parecía que el señor de Malouet no adivinaba la causa verdadera de mi viaje; el excelente anciano se enterneció visiblemente cuando yo le regañaba y me testimonió afecto singular, dada la brevedad de nuestras relaciones.

Como casi otro tanto puedo decirte del señor de Breuille. Hoy lamento haber trazado en otro tiempo la caricatura que te hice en vez del retrato de este noble corazón.

La señora de Malouet ha puesto empeño en acompañarme algunos pasos después de separarnos de su marido; sentía temblar el brazo que estrechaba el mío mientras me daba algunos encargos insignificantes para París.

En el momento en que nos separábamos, y cuando yo estrechaba sus manos con efusión, me dijo dulcemente:

—Amigo mío, Dios no ha querido bendecir nuestra prudencia.

—Señora, nuestros corazones están abiertos para El y habrá visto la sinceridad con que hemos obrado... El ve mi sufrimiento y humildemente espero que me perdone.

—¡No lo dude... no lo dude usted!—añadió con acento entrecortado. Pero, ¿y ella?... ¡Ah, pobre joven!

—Tenga usted piedad de ella, señora. ¡No la abandone! ¡Adiós!

Me separé y partí; pero en lugar de dirigirme á la aldea, dije al cochero que me llevara por el camino de la abadía hasta la cima de las colinas; allí le ordené que se fuera solo y que volviera el día siguiente á buscarme en el mismo sitio.

Amigo mío, no puedo explicarte la tentación extraña é irresistible que me ha acometido de pasar una noche en esta soledad donde he sido tan feliz algunos días.

Ya me tienes en mi celda.

Hoy me parece fría, sombría y triste. También el cielo está de duelo.

Desde que llegué á este país y, á pesar de la estación, sólo había visto días y noches de estío. Hoy un huracán glacial de otoño se ha desencadenado sobre el valle; el viento silba en las ruinas y arranca fragmentos que caen al suelo sordamente. Violenta lluvia azota los vidrios de mi ventana. Me parece que llueven lágrimas. ¡Lágrimas! ¡tengo lleno el corazón de ellas... y ni una sola quiere subir á mis ojos!

He rezado á Dios largamente, no á ese Dios insensible, á quien en vano buscamos más allá de las estrellas y de los mundos, sino al Dios que socorre á los afligidos, al Dios de mi infancia, al Dios de esa pobre mujer.

¡Ah! no quiero pensar más que en mi vuelta á tu lado. Hasta mañana, mi amigo, y tal vez llegue yo antes que esta carta.

¡Ven Pablo! Si puedes separarte de tu madre ven, te lo suplico, ven á ampararme. ¡Dios me hiere!

Escribía esta línea interrumpida, cuando en medio del ruido confuso de la tempestad me ha parecido oír una voz quejumbrosa, un lamento humano; he corrido á la ventana, he sacado el cuerpo para otear en las tinieblas y he visto sobre el suelo negro é inundado una forma vaga, una especie de envoltorio blancuzco. Al mismo

tiempo un gemido más perceptible ha llegado hasta mí, un vislumbre de la terrible verdad ha tra-pasado mi alma como una hoja puntiaguda.

He bajado afanoso á la puerta del molino; cerca del umbral he visto un caballo abandonado; llevaba silla de mujer.

He corrido hacia la otra fachada de las ruinas, y en la cerca que está situada bajo la ventana de mi celda y que conserva huellas del antiguo cementerio de los monjes, he visto á la infortunada.

Estaba allí, sentada sobre una vieja losa sepulcral, tiritando bajo el torrente de agua helada que un cielo implacable vertía incesantemente sobre su ligero traje de fiesta.

He tomado sus dos manos tratando de levantarla.

—¡Ah, desdichada! ¿Qué ha hecho usted? ¡Ah, desdichada!

—¡Sí, muy desdichada!—ha murmurado con voz débil como un suspiro.

—Se está usted matando.

—¡Mejor! ¡mejor!

—No puede usted estar aquí... Venga.

Entonces observé que no podía estar en pie.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios poderoso! ¿qué hacer?... ¿Qué quiere usted de mí?

—Nada—respondió.

Temblaba, y sus dientes castañeteaban. La

cogi en mis brazos y me la llevé. En estos momentos se toman rápidamente las decisiones.

No había medio imaginable para sacarla del valle, donde no pueden penetrar los coches.

Nada podía ya hacerse para salvar su honor; sólo podía preocuparme de su vida.

Subí con ligereza la escalera de mi celda y la deposité en un sillón, cerca de la chimenea, que me apresuré á encender.

Después desperté á los molineros. Dí á la mujer una explicación vaga y confusa que yo no sé si entendió; pero es mujer y tuvo piedad. Ella prestó á la señora de Palma los primeros cuidados.

El molinero partió en seguida á caballo llevando á la marquesa de Malouet esta carta que escribí:

«Señora:

Está aquí moribunda. En el nombre de Dios misericordioso, solicito vuestra ayuda... Venga usted á consolarla, venga á bendecir á esta desgraciada, que no puede ya esperar de usted en este mundo más que palabras de bondad y de perdón.

Diga usted á la señora de Pontbrian lo que juzgue necesario.»

La señora de Palma me habló. Volví la cabeza y la encontré sentada ante el fuego. No había consentido que se la colocara en el

lecho que se tenía preparado. Al verme—singular preocupación de mujer,—su primer pensamiento ha sido para llamar mi atención sobre el traje de aldeana con que se han substituido sus vestidos impregnados de agua y llenos de lodo.

Se ha puesto á reír enseñándome la tosca ropa; pero su risa se ha trocado rápidamente en convulsiones, que me ha costado gran trabajo calmar.

Me había colocado cerca de ella; tenía fiebre intensa y sus ojos brillaban siniestramente.

La supliqué que consintiera en tomar el reposo completo que á su estado convenia.

—¿Para qué?—me dijo.—No estoy enferma. Lo que me mata no es la fiebre; no es el frío, es el pensamiento que arde aquí (se golpeó la frente); es la vergüenza, vuestro desprecio, vuestro odio, bien merecidos ahora.

Mi corazón ha estallado, Pablo; la he confesado toda mi pasión, mis tormentos, mis remordimientos.

He cubierto de besos sus manos temblorosas, su frente helada, sus cabellos húmedos... he vertido en su pobre alma destrozada cuanto el alma de un hombre puede contener de ternura, de piedad, de adoración; ha sabido que la amaba.

Me escuchaba con embeleso.

—Ahora—me ha dicho,—ahora es cuando no necesito consuelos. Nunca he sido tan dichosa.

Yo no merecía esto. No ambiciono nada más... ya nada me falta.

Quedó aletargada. Sus labios entreabiertos dibujaron una sonrisa pura; pero por intervalos tenía terribles estremecimientos y sus facciones se alteraban profundamente.

Te escribo mientras la vélo.

La señora de Malouet acaba de llegar con su marido. ¡La había juzgado bien! Su voz y sus palabras han sido maternales.

Había tenido el cuidado de hacerse acompañar por su médico.

La enferma está acostada en un buen lecho, cuidada y querida.

Estoy más tranquilo, á pesar de que un delirio espantoso se le ha declarado al despertar.

La señora de Pontbrian se ha negado en absoluto á venir al lado de su sobrina.

¡También yo había juzgado bien á esta excelente cristiana!

Me he impuesto el deber de no poner el pie en la celda, que la señora de Malouet no deja un momento.

El temor que anuncia la cara del señor de Malouet me espanta, sin que sea parte á tranquilizarme su afirmación de que el médico no ha formado aún juicio definitivo.

El médico ha salido. He podido hablarle.

—Se trata—me ha dicho—de una pulmonía complicada con una fiebre cerebral.

—Eso es grave, ¿verdad?

—Muy grave.

—¿Pero el peligro es inmediato?

—Esta noche podré decirlo. Su estado es tan violento, que no puede prolongarse mucho. Es preciso que la crisis se atenúe ó que la naturaleza ceda.

—¿Tiene usted esperanza?

Ha mirado al cielo y se ha alejado.

No sé qué pasa en mí, Pablo amigo.

¡Todas estas emociones se repiten con tanta rapidez!

Cinco de la tarde.

Se ha mandado á toda prisa á buscar al sacerdote que he visto varias veces en el castillo. Es un amigo de la señora de Malouet, un anciano sencillo, todo caridad. Ha salido un instante de esta alcoba funesta y no he osado interrogarle.

Ignoro lo que sucede. Procuro no saberlo y, sin embargo, mi oído recoge afanoso los menores ruidos, los sonidos más insignificantes; una puerta que se cierra, un paso acelerado en la escalera, me llenan de terror.

Sin embargo... ¡tan pronto es imposible!

¡Pablo! ¡Amigo mío!... mi hermano, ¿dónde estás?... ¡todo ha acabado!

Hace una hora he visto bajar al médico y al sacerdote. El señor de Malouet les seguía.

—Suba usted—me ha dicho.—Vamos, valor, sea usted hombre.

He entrado en la celda: la señora de Malouet había quedado sola; estaba arrodillada cerca del lecho y me ha hecho una señal para que me aproximara.

He mirado á la que iba á dejar de sufrir.

Algunas horas habian bastado para marcar todas las huellas de la muerte en aquel rostro encantador; pero la vida y el pensamiento iluminaban todavía sus ojos: en seguida me reconoció.

—Caballero—me dijo.

Hizo una ligera pausa y añadió:

—Jorge, le he amado á usted. Perdóneme haber emponzoñado su vida con este triste recuerdo.

Cat de rodillas; quise hablar y no pude; mis lágrimas ardientes caían sobre su mano fría é inerte como el mármol.

—También usted, señora—agregó...—perdóneme el mal que la he hecho.

—Hija mía—dijo la anciana,—yo la bendigo con todo mi corazón.

Siguió un silencio, en medio del cual oí un suspiro profundo y entrecortado. ¡Ah! este sus-

piro supremo, este último gemido de mortal dolor, también lo oyó Dios y lo ha recogido.

—¡Sí! ¡lo ha oído!... ¡y también oye mi oración ardiente y desconsolada!... ¡necesito creerlo, amigo mío! Sí, para no ceder en este momento al impulso de la desesperación, es necesario que crea en un Dios que nos ama, que ve con ojo escrutador los desgarramientos de nuestras almas, que anudará de nuevo un día con su mano paternal los lazos rotos por la muerte cruel... ¡Ah! ante los despojos, sin vida, de un ser adorado, ¿qué corazón será bastante seco, qué cerebro bastante impío, para dudar, para no rechazar la afirmación odiosa que encierran estas palabras: «Dios, justicia, amor, inmortalidad, no son más que sílabas vacías de sentido».

¡Adiós, Pablo! Tú sabes lo que me resta por hacer. Si puedes venir, te espero; si no, amigo mío, espérame. Adiós.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO..."
1925

IX

**El marqués de Malouet á Pablo B.,
en Paris.**

Castillo de Malouet, 20 Octubre.

Señor, es para mí un deber de tanto imperio, como penoso, referirle los hechos que han dado ocasión á la desgracia suprema de que ya tiene noticia, desgracia que ha colmado el tormento de nuestras almas, ya tan cruelmente castigadas.

Bien sabe, señor, que algunas semanas, pocos días, bastaron á la marquesa, mi esposa, y á mí, para conocer, para apreciar á vuestro amigo, para testimoniarle un eterno afecto que bien pronto había de trocarse en pesar inmenso.

Nada diré de las tristes circunstancias que han precedido á esta postrera catástrofe. No ignora usted, bien lo sé, ni un detalle de la fatal pasión que habían inspirado á una desgraciada joven los méritos y las cualidades que ahora lloramos. Nada diré de las escenas de duelo

que siguieron á la muerte de la señora de Palma. A otro duelo están ya confundidas en nuestro recuerdo.

La conducta del señor L. en estos tristes días, la sensibilidad profunda y, al mismo tiempo, la elevación moral no desmentida por un sólo acto, habían acabado de conquistarla nuestros corazones. Yo hubiera querido que hubiese regresado sin perder momento á vuestro lado; quería alejarle de este lugar desolado, quería conducirle yo mismo á vuestros brazos, ya que un deber os retenta en Paris; pero él se había impuesto la obligación de no abandonar tan pronto los restos de la infortunada.

Le habíamos obligado á volver al castillo y le atendíamos con solicitud. No salía más que una vez cada día para hacer una piadosa visita. Su salud se alteraba visiblemente. Anteayer por la mañana, la marquesa le rogó que nos acompañara, al señor Breuilly y á mí, á dar un paseo á caballo. Consintió, aunque con pena. Partimos. Por el camino se esforzaba por tomar parte en las conversaciones que iniciábamos para distraerle. Le vi sonreír por vez primera desde hace días y comencé á esperar que el tiempo, la fuerza del alma y los cuidados de la amistad, calmarían sus recuerdos.

Al regresar, un azar deplorable nos puso frente á frente del señor de Mauterne. Este iba á caballo: dos amigos y dos señoras le acompa-

ñaban. Llevábamos la misma dirección, pero ellos caminaban más ligeros; pasó por nuestro lado, saludando, y nada observé que pudiera llamar la atención. Quedé, por tanto, muy sorprendido al oír al señor de Breully murmurar entre dientes:

—¡Es una infamia vergonzosa!

Vuestro amigo, que en el momento del encuentro había palidecido, miró con viveza al señor de Breully.

—¿A qué se refiere usted?

—A la insolencia de ese fatuo.

Intervine, reprochando al señor de Breully su manía de buscar querella y afirmando que no había habido el menor asomo de provocación, ni en la actitud ni en la mirada del señor de Mauterne.

—Amigo mío—replicó el señor de Breully,—decididamente tenía usted los ojos cerrados; si no se hubiera usted fijado como yo en la sonrisa burlona con que ese miserable ha querido ofender á este señor. No sé por qué quiere que el señor soporte un insulto que ni usted ni yo soportaríamos.

No estaba acabada esta frase imprudente, cuando Jorge había puesto su caballo al galope.

—¿Estás loco?—dije á Breully, que trataba de contenerme.

—Amigo mío, es preciso distraer á ese joven á toda costa.

Me encogí de hombros y espoleé al caballo para alcanzar á Jorge; pero su caballo era más ligero que el mío y me llevaba delantera considerable. Me separaba de él unos cien pasos, cuando se acercó al señor de Mauterne, que al verle llegar había detenido su caballo. Me parece que cambiaron algunas palabras, y en seguida vi á Jorge golpear con furia indecible con el látigo el rostro del señor de Mauterne.

Breully y yo llegamos en el preciso momento de impedir que esta escena tomara un carácter vergonzoso.

El encuentro era inevitable y tuvimos que entablar las negociaciones previas con los dos amigos que acompañaban á Mauterne, los señores Quiroy y Astley, este último inglés.

La elección de armas pertenecía, sin duda alguna, á nuestro adversario. Sin embargo, viendo á sus padrinos vacilar entre la espada y la pistola, pensé que con un poco de habilidad podríamos hacerlos decidir en el sentido que nos fuera menos desfavorable. Consultamos á Jorge, quien se decidió inmediatamente por la espada.

—Usted tira muy bien á pistola—le dijo el señor de Breully. ¿Tiene usted más seguridad en la espada? No se engañe usted, por Dios, porque es un combate á muerte.

—Estoy convencido—respondió sonriente;—pero me decido por la espada.

—Ante la expresión de un deseo tan formal, no dudamos que sería una ventaja conseguir que se eligiera este arma. En efecto, así se acordó y el lance quedó fijado para las nueve de la mañana del día siguiente.

El resto del día lo pasó Jorge bromeando tan de buena gana, que todos quedamos sorprendidos y más que nadie la marquesa. Mi pobre mujer no sabía absolutamente nada de lo ocurrido.

A las diez se retiró á sus habitaciones y dos horas después aún vi luz en su ventana. Impulsado por mi vivo afecto y por una vaga inquietud que me perseguía, entré en su alcoba poco antes de media noche: le encontré muy tranquilo; acababa de escribir y ponía el sello en algunos sobres.

—Ya está—me dijo entregándome los papeles;—ahora que no tengo nada que hacer, voy á dormir como un bendito.

Creí de mí deber darle algunos consejos técnicos sobre el manejo del arma de que muy pronto tendría que servirse; me escuchó distraídamente; después extendió hacia mí el brazo, diciendo:

—Tómeme usted el pulso.

Le obedecí y me aseguré de que su calma y su animación no tenían nada de afectada ni de febril.

—En esta disposición—añadió,—no se puede

morir más que cuando se busca la muerte. Buenas noches, querido marqués.

Le abracé y me fui.

Ayer, á las ocho y media, estábamos reunidos, Jorge, el Sr. de Breully y yo, en un camino apartado que había sido elegido para el duelo. Nuestro adversario llegó poco después con sus padrinos. El carácter del insulto no admitía ninguna tentativa de reconciliación. Se procedió inmediatamente al combate.

Apenas Jorge cayó en guardia, adquirimos la convicción absoluta de su inesperienza en el manejo de la espada.

El señor de Breully me miró con asombro. Sin embargo, cuando los aceros se cruzaron hubo una apariencia de combate y de defensa; pero al tercer ataque, Jorge cayó con el pecho atravesado.

Me precipité sobre él: ya agonizaba. Sin embargo, me estrechó débilmente la mano, sonrió y me manifestó, con voz apenas perceptible, su último pensamiento, que fué para usted.

—Diga usted á Pablo que le amo, que le prohíbo tomar venganza, que muero... feliz.

Espiró

No añadiré nada á este relato.

Ha sido muy largo, me ha costado mucho; pero os debía esta cuenta fiel y dolorosa.

He creído también que vuestra amistad quería seguir hasta el último instante á este hom-

bre que nos fué tan querido. Ahora lo sabe usted todo y todo lo comprenderá, hasta mi silencio.

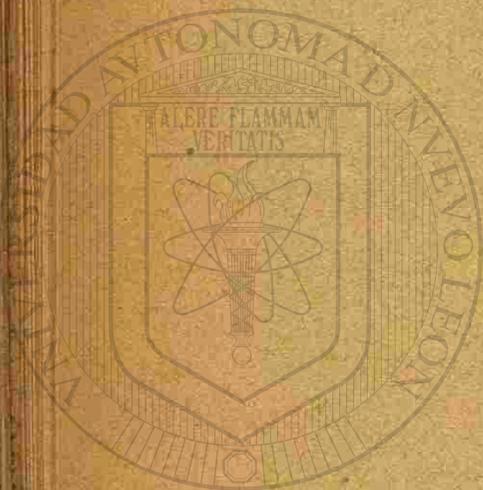
Jorge reposa cerca de ella.

Usted vendrá, seguramente; le esperamos. Lloraremos con usted á estos seres amados, los dos buenos y los dos heridos por la pasión y arrebatados por la muerte con rapidez en medio de las más alegres fiestas de la vida.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

- DE CARNE Y HUESO, preciosa novela de Eduardo Zamacois.
- LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
- PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
- LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
- UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.
- LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
- BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.
- LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.

INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
MAGDALENA FERAT, Emilio Zola (2 tomos).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Enrique Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), por Emilio Zola (tres tomos).
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.
LOS AMORES DE CLOTILDE, por Armando Palacio Valdés.
DOÑA SIRENA, por Enrique Murger.
LA CORTE DE NERON (QUO VADIS), por Enrique Sienkiewicz (2 tomos).
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.
EL PADRE GORIOT, por Honorato de Balzac (dos tomos).
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas.
ALMA DE NIÑA, por H. Dostofewsky.

LA VALIENTE, por Julio Sandeau.
LOS TRES RETRATOS, por Ivan Tourguenoff.
HISTORIA DE UNA PARISINA, por Octavio Feuillet.
LA NOCHE DE NOVIOS, por la Condesa Dash (dos tomos).
FEDERICO Y BERNERETA, por Alfredo de Musset.
FERNANDO, por Julio Sandeau.
VIUDA Y VIRGEN, por Alejo Bouvier (2 tomos).
LA CONDESITA, por Octavio Feuillet.



DIRECCIÓN GENERAL



VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Dirección y Redacción: Ruiz, 8, Madrid

VIDA GALANTE es una de las revistas más interesantes, porque publica los cuentos é historietas ilustradas por un novísimo procedimiento fotográfico no empleado aún en España.

Esta revista publica en cada número cuatro magnificas páginas en colores.

Precio del número corriente: 20 céntimos.

Número atrasado: 25 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

España y Portugal.	}	Sols meses. . .	6 pesetas.
		Un año. . .	11 . .
	Extranjero.		Un año.



OTE
P
C